

Selección TERROR

RALPH BARBY

LA NOCHE ES DE LOS ZOMBIES


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

325 — La ciudad de los muertos vivientes, *Joseph Berna*.
326 — Un pájaro llamado Leonard, *Ralph Barby*.
327 — Infierno, S. A., *Adam Surray*.
328 — Acosada por Satán, *Ralph Barby*.
329 — Entre tinieblas, *Lou Carrigan*.

RALPH BARBY

LA NOCHE ES DE LOS ZOMBIES

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 330
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 15.016 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: junio, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

El saloncito estaba decorado con gusto, clase y mucho dinero. Era una decoración que no imitaba lo antiguo, sino que era antigua, debidamente restaurada.

La mansión de los Renoir, a las afueras de París, tenía ya tantos años como prestigio; nadie se lo discutía.

Los Renoir procedían de una familia aristocrática, ya desaparecida; se comentaba que, previa tramitación de legajos y más legajos, quizá el actual Renoir podía llegar a heredar varios títulos nobiliarios. No obstante, Antoine Renoir no parecía predispuesto a mendigar títulos para ingresar en el mundillo de la aristocracia europea; prefería la aristocracia del dinero, como su bisabuelo, que había amasado una sólida fortuna en las Antillas, trasladándose luego a Francia, donde se habían criado sus descendientes.

Los Renoir tenían acciones en innumerables negocios mineros por todo el mundo, África, Asia, Sudamérica, y podían permitirse el lujo de prescindir de cualquier título.

Pese a sus cincuenta años, Antoine Renoir era un hombre fuerte y dinámico, al que le gustaba vivir. Se le podía encontrar en cualquier parte del mundo pasando unas vacaciones, realizando unos negocios; no obstante, su santuario estaba en su mansión, una edificación regia, rodeada de jardines con abundantes y frondosos árboles de hojas oscuras.

Eran tan grandes aquellos jardines, que se podían considerar parque, y Renoir gustaba de pasear a caballo por ellos.

Cuchicheando comentarios, se hallaban los periodistas allí reunidos para una informal rueda de prensa. Habría algo más de una docena, y tres de ellos eran extranjeros.

Dos doncellas de la casa les habían servido bebidas, mientras ellos tomaban algunas notas o hacían ver que las tomaban.

Las puertas de acceso al saloncito estaban custodiadas por unos hombres altos y fornidos, bien trajeados de oscuro, que no cabía duda eran guardaespaldas, y posiblemente irían armados.

De pronto, cesaron los cuchicheos y apareció Antoine Renoir, que se dirigió a la mesa colocada frente a la triple hilera de sillas donde se habían aposentado los periodistas.

Sus movimientos habían sido elásticos, casi juveniles. Una amplia y cínica sonrisa brotó, espontánea, en su rostro bien bronceado.

—Señoras, caballeros, ruego disculpen estos minutos de retraso; estaba retenido por una conferencia con Australia. —Carraspeó.

Un nuevo personaje entró en el saloncito y se quedo de pie, cerca de la puerta. Vestía un gabán acolchado con guatina, y en su zurda sostenía una pipa apagada a la que daba chupetones como si fuera un niño con un caramelo.

—Ah, ahí está mi amigo, el comisario Grevin. Ustedes que se dedican esencialmente a las páginas de sucesos, ya conocerán al comisario Grevin; se llama igual que el musco de cera.

—Siga, siga con los muchachos, y no se preocupe por mí, «monsieur* Renoir —le dijo el comisario, con su voz grave y pastosa, una voz castigada por largas noches pasadas en la calle, vigilando en nombre de la ley.

—Bueno, no creo que haga falta que les hable de mi familia; iremos al grano. Por alguna nota que se ha filtrado, sé que se ha hablado de mí como de un hombre extorsionado.

Una de las tres mujeres periodistas que allí estaban, levantó su mano para pedir la palabra y, antes de que se la concedieran, corrigió:

—De un multimillonario extorsionado.

—Sí, sí, eso debería decir la gacetilla, pero no vayan a creer eso de multimillonario. De lo que dicen, la mitad de la mitad, y el resto, pónganlo en duda.

Se notaba que «monsieur» Antoine Renoir quería hacerse el gracioso y, en el fondo, se estaba jactando de ser importante y cíe no amedrentarse ante nada ni nadie.

—Es cierto que he recibido unos anónimos, con la pretensión de .extorsionarme. Vivimos tiempos muy agitados, no sólo aquí, en Francia, sino en todo el mundo, aunque especialmente en Europa. Hay terroristas políticos que necesitan dinero para financiar sus bandas, y también hay muchas pandillas de gángsters; sólo tenemos que mirar hacia Marsella. No hace mucho, en un bar marsellés, hubo una matanza que se parecía mucho a la del día de San Valentín, en Chicago.

La joven periodista volvió a levantar la mano e, igual que la primera vez, habló antes de que la autorizaran:

—Lo que quiere decir, «monsieur Renoir, que no vivimos tiempos peores, sino parecidos. La extorsión a los que tienen dinero es algo tan viejo como el hombre, ¿no cree?

—Pues sí, me temo que sí. Al que tiene dinero o poder, siempre se le ha deseado arrancar parte o todo cuanto posee.

—Será porque él lo ha sacado antes de quienes han sido explotados.

—«Mademoiselle, creo que ésta no es una rueda de prensa política ni un debate clasista, sólo es una rueda de prensa informal, donde clarifico mi situación ante los medios informativos que, insisto, posiblemente por una filtración de los estamentos policiales, me han sacado a relucir en la prensa amarilla.

Miró al comisario, por si replicaba algo por la alusión que acababa de hacer la policía, mas el comisario permanecía inmutable, chupando su pipa.

—No soy el único financiero que ha recibido exigencias de dinero, bajo amenazas de muerte; me han enviado bastantes cartas de ese tipo, y han ido a parar todas al cesto de los papeles. En éste caso, como el chantajista y extorsionador se puso pesado, creí conveniente notificar la situación a la

policía. Que quede bien claro que, desde un principio, me he negado a pagar, pese a que la policía ha pedido mi colaboración para que simulase un pago, y de esta forma atrapar al delincuente, lo cierto es que no he accedido a ningún simulacro. Simple y llanamente, Antoine Renoir no paga a nadie, ni con amenazas de muerte ni sin ellas. El asunto ha sido muy sencillo. Han expirado los plazos de las amenazas y, como era lógico, no ha ocurrido nada, absolutamente nada. Es como esos anuncios de bombas que se reciben periódicamente en todos los aeropuertos del mundo, y que luego son falsas alarmas. Esto es todo lo que pueden publicar, porque el asunto se ha terminado. ¿No es así, comisario Grevin?

—El plazo ha sido rebasado largamente, pero nunca se sabe lo que puede hacer un criminal. Los hay que simplemente ladran, pero también los hay que cumplen lo prometido, desgraciadamente para su víctima, claro.

—¿Usted se siente seguro, «monsieur» Renoir? —preguntó otro de los periodistas, tras levantar su mano previamente.

—Sí, estoy seguro. Esta mansión, no digo que sea una fortaleza, pero sí está bien guardada, y no les contaré más al respecto porque, en las defensas, lo mejor es mantener el secreto, que sorprenda al intruso delincuente.

—Ya hemos visto que tiene enrejado electrificado sobre el muro que rodea el parque.

—Sí, pero no me pregunten cuántos voltios lleva porque ni yo mismo lo sé; es cosa de los técnicos —replicó sonriente.

La chica, que tenía un ligero acento extranjero, un acento que no pertenecía a ninguna otra región francesa, inquirió:

—¿Cuánto le pedían?

—No creo que eso sea importante.

—Yo pienso que sí interesa a la opinión pública.

—Bueno, si es tan importante... Digamos que diez mil onzas de oro, en lingotes. Se elevaron varios silbidos. La periodista observó:

—A doscientos setenta dólares que se paga la onza, es una cantidad muy sabrosa.

—Eso ha debido de pensar el chantajista. Yo creo que ha escrito las notas cuando tenía un exceso de alcohol en sus venas; si los de tráfico le hubieran controlado con el dichoso globito... En fin, ¿alguna pregunta más, señores?

—¿Dice que ha recibido varias notas?

—Sí.

—¿Cuántas?

—Siete. ¿No es eso, comisario Grevin?

—Así es, «monsieur» Renoir, siete son las que nos han entregado a nosotros.

—Ya lo han oído, y confirmado por la policía. La joven periodista volvió a la carga:

—¿Y posee usted todo ese oro en lingotes para poder pagar el chantaje?

—No comment... —replicó con una sonrisa cínica—, ¿Me permite usted

hacerle una pregunta, «mademoiselle»?

—Por supuesto, «monsieur» Renoir.

—¿Quiere cenar conmigo esta noche?

Hubo un murmullo, entre irónico y de protesta.

—La verdad, esta noche la tengo ocupada, pero si le parece bien mañana...

—¿Mañana? Hum, la verdad es que envidio al mortal que la acapara esta noche. Siempre me han gustado las mujeres con aspecto delicado, pero con mucha capacidad agresiva, espoleada por una inteligencia vivaz y, por supuesto, que sean bonitas.

—Gracias, «monsieur» Renoir.

—La llamare mañana, pero no crea que le voy a hacer más confidencias.

—Eso todavía está por ver, «monsieur».

—Es usted insaciable, pero me arriesgaré. —Volvió a mirar a los demás—: ¿Alguna otra pregunta?

Un periodista, ya con años y experiencia, preguntó:

—¿Cómo se firma el chantajista?

—Eso es asunto de la policía. Todos miraron al comisario Grevin.

—Lo siento, muchachos, la firma de los mensajes es secreto del sumario; sirve al fiscal para identificaciones. Siempre hay simuladores que pretenden sacar tajada en estos asuntos, y nos sirve para identificar las misivas falsas de las verdaderas.

—Bueno, ya no queda nada más. Dejémoslo en que un calenturiento mental se fijó en la fortuna de los Renoir, no cabe pensar otra cosa, que, dándose cuenta de que yo no cedería, de que no me asusto por estas estupideces, se ha echado atrás. Créame, con los chantajistas y extorsionadores no hay que ceder jamás. Díganlo bien claro en sus periódicos. Si alguien se encuentra en la misma situación, que se dirija a la policía, que para eso la pagamos y ciertamente nos protege, aunque no siempre su eficacia pueda ser completa. Después de todo, preferiría que ahora mismo el enfermo mental que ha querido extorsionarme estuviera encerrado en una clínica psiquiátrica.

El comisario Grevin no dijo nada; era un perfecto encajador o quizá conocía las amistades que Renoir tenía, con influencias en las altas esferas del Ministerio del Interior. Por otra parte, también a él le hubiera gustado poder atrapar al que enviaba las misivas, amenazando de muerte al multimillonario Renoir.

Los reporteros, tras tomar algunas copas más y charlar un poco, salieron al amplio porche de la mansión. Afuera aguardaban sus automóviles, bajo el ciclo plomizo de un anochecer frío.

—Tú eres nuevo, ¿verdad?

La joven periodista que se había hecho notar, se encaró con un hombre joven, alto y delgado, ligeramente barbado, de ojos húmedos en apariencia, pero de efluvios tranquilizantes.

—Sí, soy extranjero comen tú.

—¿De dónde eres? Hablas muy bien el francés.

—Soy belga y me llamo Jean Jack. ¿Y tú?

—Sabine, compañero, con pasaporte del Tío Sam, aunque en realidad soy descendiente de franceses. Nací en Georgia, pero vine a estudiar aquí. París siempre ha, ejercido fascinación sobre mí.

—Las raíces tiran fuerte, ¿eh?

—Sí. ¿Por qué no has hecho ninguna pregunta?

—Ya las has hecho tú todas, por los demás.

—Es que necesito escribir algo que tenga «garra», ¿sabes? Yo no estoy en nómina de ninguna redacción.

—¿Free-lance?

—Eso es. En Georgia se venden bien las noticias de París, hay mucha gente allí con nostalgia de Francia, una nostalgia secular. Los franceses, en el Caribe, en el sur de la Unión y también en el Canadá, dejamos mucha huella.

—Hablas como si fueras más francesa que yanqui.

—Quizá sea así. ¿Me invitas a cenar?

—¿A cenar?

—Sí, a cenar, pero yo me pago mi parte, no creas que soy una fresca.

—¿No les has dicho a «monsieur» Renoir que esta noche tenías compromiso?

—No se lo iba a poner tan fácil... «Monsieur» Renoir es un «play-boy» y no me extrañaría que hubiera organizado todo esto para que le hagamos publicidad personal y gratis. Quizá su cotización dentro de la alta sociedad haya bajado un poco, y desee volver a tener notoriedad; eso de pregonar que no tiene miedo a las amenazas de muerte, siempre queda bastante bien.

—¿Escribirás sobre este asunto para tus periódicos yanquis?

—En Georgia son más confederados que yanquis, aunque perdieran la guerra, pero digamos que este asunto del chantaje no tiene mucha «garra», tal como ha quedado. Si por lo menos le hubieran asesinado, como aviso, a algún gato persa o a un perrito caniche... Si no se echa atrás, en la cena de mañana le sonsacaré lo que pueda. La vida y milagros de la familia Renoir quizá sí interesen a las consumidoras de revistas de Georgia, y más, si consigo averiguar cosillas.

—Por mi parte, creo que he perdido el tiempo viniendo aquí —opinó Jean Jack.

—Un periodista nunca sabe si tendrá una buena noticia para llevarla corriendo a su redacción o no. ¿Cuántos muertos te piden por día?

—No escribo en la sección de sucesos.

—¿Ah, no? Entonces, ¿cómo has venido?

—Escribo en la sección médica.

—¡Uau! ¿Eres médico?

—Sí, recién doctorado, pero con vocación periodística. No sé qué haré en el futuro, pero ahora creo que si se escriben artículos sobre temas médicos, es mejor saber por dónde van los tiros. La verdad, me interesaba este caso, en

función de la posibilidad de que se tratara de un psicópata. Me hubiera gustado examinar al chantajista.

—Sabine, ¿te vienes? —preguntó otro reportero

—¡No, éste me lleva! —Sabine señaló al joven belga—. Te llamas Jean Jack, ¿no?

—Sí, pero yo he venido eh taxi.

—¡Uau!

Sabine vio alejarse a quien la había traído, y ambos quedaron solos en el porche, observados por dos vigilantes, que sujetaban a unos perros «doberman», que se mostraban inquietos y ladraban, amenazadores.

—Sí, paseamos hacia la salida, en la calle encontraremos algún taxi.

—Bueno, ¿por qué no?

Seguidos por los dos vigilantes con perro, echaron a andar por la alameda que conducía a la salida de la finca Renoir.

No llovía aún, pero amenazaba con hacerlo. El viento semejaba haberse detenido, y un helor que no era desagradable, enfriaba las mejillas y hacía esconder las manos en los bolsillos.

CAPITULO II

El furgón pintado de gris oscuro llegó, casi silencioso, junto al muro de la finca Renoir y pasó por delante de la verja de entrada. Rodó, suave, junto al bordón de granito que separaba la acera de la calzada, y no se detuvo hasta colocarse en el punto más oscuro. Se apagaron los faros, y el vehículo quedó quieto.

Algunos automóviles pasaron junto al furgón, que semejaba vacío; sin embargo, en un momento dado, se abrieron las portezuelas posteriores.

Salieron dos figuras humanas, dos hombres vestidos de oscuro, cuyos rostros no podían verse.

Sacaron una escalera telescópica del furgón, que estiraron al máximo y la colocaron contra el muro. Regresaron al furgón, uno en busca de una larga barra o perpalo de durísimo y templado acero; el otro cogió un hacha de grandes dimensiones, cuyo filo, sólo tocarlo, producía escalofríos.

El que llevaba la barra de acero trepó por la escalera y, al llegar a lo alto del muro, rebasado por la propia escalera de madera, saltó al parque, por encima de la valla electrificada.

El segundo individuo efectuó el mismo recorrido. Subió peldaño a peldaño, sujetándose el hacha en el cinturón, pasando el mango por el interior del mismo. Al llegar a lo alto, rozó levemente la alambrada electrificada, y se produjo un chispazo que no pareció importar al visitante furtivo de la mansión Renoir.

Cuando ambos hubieron saltado al interior del parque, salió un tercer ocupante del furgón, esta vez de la cabina del chófer. Recogió la escalera y la guardó dentro del vehículo. Cerró las portezuelas y de nuevo se puso al volante.

Tras oírse el rumor del contacto, el vehículo se puso en marcha, y se alejó de aquel lugar. Poco después, pasaba por allí un coche policía, observando todo el largo del muro, y comprobando que todo estaba en orden.

Dentro del parque, las dos figuras que se habían introducido furtivamente avanzaban entre los árboles, sin esconderse ni inclinar sus cuerpos, sin buscar los troncos tras los cuales pasar inadvertidos. .

Su caminar era torpe, como si calzasen zapatos muy pesados y avanzaban por un barrizal.

No hablaban entre ellos, no se miraban, era como si sólo tuvieran una idea fija: cumplir un trabajo, una orden, sin posibilidades de desobedecer.

De súbito, se escucharon unos ladridos. Dos de los perros vigilantes, dos soberbios anímales de pelaje corto, poderosas mandíbulas y ojos rojizos, corrieron hacia los intrusos, tras detectarlos por los ruidos que producían en su avance.

Dos guardas del parque fueron tras los perros, con aire ceñudo, mientras preparaban sus armas de fuego.

Al llegar a una docena de pasos de los dos intrusos, los perros se detuvieron. Aumentaron sus ladridos y gruñeron después, mientras el pelaje corto y oscuro se les erizaba. Poco a poco, comenzaron a retroceder hasta que salieron huyendo, alejándose de los intrusos, que no se habían detenido en ningún momento.

Aquellos perros jamás habían retrocedido ante nada, pero ahora se enfrentaban a algo maligno, y su instinto les hizo huir.

Volvieron a escucharse las voces de los guardas, dando órdenes a los animales en el idioma alemán.

Los dos intrusos cruzaron el amplio y despejado espacio que había frente al porche de la mansión. Subieron a él y se enfrentaron con la recia puerta de entrada.

Uno de ellos, el que portaba el hacha, trató de empujar la puerta, que no cedió. El otro introdujo el extremo escarpa del perpalo en el quicio de la puerta, y entonces, ambos se sujetaron a la gruesa barra de hierro, que tendría una pulgada o quizá más.

Bastó una violenta sacudida para que la puerta cediera, saltando astillas de la jamba y de la propia puerta, mientras dos cerrojos quedaban medio colgando con los tornillos retorcidos.

Una oleada de frialdad se filtró en la regia mansión, donde abundaban los óleos antiguos, las pequeñas esculturas de marfil, tallas de madera, porcelanas orientales y muebles originales de estilo imperio.

Los dos intrusos se dirigieron a la amplia escalinata, enmoquetada en azul. Subieron con idéntica torpeza con que venían caminando por el jardín, sin importarles que sus huellas de barro quedaran impresas en la moqueta.

—Eh, ¿quiénes son ustedes? —inquirió una voz. Era uno de los guardaespaldas de «monsieur» Renoir, que bajó apresuradamente al encuentro de los intrusos.

Los desconocidos no respondían a nada. Siguieron avanzando, y el vigilante se llevó la mano a la axila para desenfundar su arma cuando el intruso que portaba el hacha la balanceó en el aire, lanzándola contra el guardaespaldas,

Aufff...

El grito de agonía duró poco, muy poco, apenas fue un ruido, en el silencio de la noche.

El cuerpo cayó por los escalones hasta quedar a los pies de los visitantes, que nada bueno parecían traer.

El hacha se había incrustado en mitad del rostro, abriéndolo, partiendo el cráneo frontalmente. El asesino lomó el hacha por el mango, y con una sacudida brusca la recuperó, arrancándola del rostro de la víctima. Goteando sangre, prosiguiendo su avance.

Antoine Renoir se hallaba durmiendo en su lecho; lo había estado haciendo profundamente hasta que comenzaron unas desagradables pesadillas que le habían provocado una gran ansiedad, y su cuerpo se agitaba sobre la cama.

De pronto, escuchó un estampido, como si le hubieran disparado dentro del cráneo. El extraño ruido le sobresaltó, arrancándole de la pesadilla.

Instintivamente, su mano accionó el interruptor y encendió la luz. Fue cuando comprobó que no estaba solo en su habitación.

Dos extraños y desconocidos personajes estaban junto a su cama, y podía jurar que no los había visto jamás:

Sus rostros no sólo podían calificarse de patibularios, sino que horripilaban. Su piel mostraba un tono gris pardusco claro, y sus miradas estaban extraviadas; le miraban sin verle o por lo menos así se lo pareció a Renoir. Irradiaban frialdad y hedían; toda la alcoba se llenó de un hedor insoportable.

—¿Qué, qué quieren? —balbució Antoine Renoir sin saber qué hacer, pensando que el cajón de su mesita de noche estaba demasiado lejos.

Podía alargar su brazo y abrirlo, mas era demasiado, teniendo a aquellos espectrales seres tan cerca de él.

Uno de ellos empuñaba una gruesa barra de hierro con una punta tipo escarpa, y el otro sostenía entre sus manos la terrorífica hacha que goteaba sangre, gotas que comenzaron a manchar la colcha de la cama y que llamaron la atención de Renoir, haciéndole comprender lo que iba a suceder.

—¡¡Auxi...!! Aggg...

El asesino del perpalo lo levantó en el aire y ensartó el cuerpo de Renoir, que no pudo escapar a aquella horrible muerte.

Sus manos se agarraron a la barra de hierro, como pretendiendo frenar la entrada en su cuerpo, mas la fuerza del asesino de los ojos vidriosos y cuerpo hediondo, de piel pardusca mandíbula medio caída, resultó satánica, y la barra no cesó de hundirse hasta traspasar el cuerpo. No obstante, no acabó allí la acción de los verdugos; el cuerpo de «monsieur» Renoir se había inclinado nacía delante y el hacha...

Zzzzrrassss...

Una y otra vez, la sangre salpicó en derredor. El espectáculo era espantoso.

Poco después, los dos extraños seres recogieron sus primitivas pero contundentes armas, y abandonaron la alcoba de «monsieur» Renoir, saliendo al comedor que daba a la escalinata que descendía al vestíbulo.

Una mujer asomó por una puerta y, al verles, tuvo que contenerse para no gritar. Pese a la escasa luz, le pareció una visión horripilante.

Al bajar por la escalera, el ser que portaba la barra de hierro tropezó con el guardaespaldas muerto, y éste terminó de rodar por los peldaños.

—¡Quietos! —gritó, de pronto, una voz masculina.

Los dos intrusos ni se volvieron, siguieron caminando hacia la puerta. Quien les estaba encañonando con una pistola comenzó a disparar.

Las detonaciones fueron como cañonazos en la noche. Desde el piso, la hermana de «monsieur» Renoir pudo ver cómo los dos asesinos se dirigían hacia la puerta, como si nada ocurriera. Las balas les traspasaban, de parte a parte.

El vigilante, atónito, no cesó de oprimir el gatillo de su automática hasta que el percutor golpeó en vacío.

Se pecó a una pared, aterrorizado, mientras las dos figuras, de aspecto humano, desaparecían en la noche del parque. Conteniendo su miedo, temblándole las piernas aparatosamente, se dirigió al teléfono; quiso llamar, pero la línea no funcionaba.

Los asesinos, caminando casi como beodos, descendieron por la avenida bordeada de árboles hasta llegar a la verja de entrada, mientras se escuchaban lastimeros aullidos de perros.

—¡Quietos, ya os tengo! —rugió la voz de un hombre, que saltó de detrás de unos setos.

El vigilante uniformado del parque se les enfrentó, armado con una escopeta de doble cañón.

Los dos seres se detuvieron, encarándose con el guarda de la mansión Renoir. Este pudo ver sus ojos vidriosos, y algo le hizo estremecer.

El que llevaba la barra de hierro alargó su mano y le cogió por la garganta. El vigilante apoyó el cañón de su escopeta contra el cuerpo del asesino, y apretó el galillo frenéticamente.

La detonación fue estruendosa, el fogonazo incluso iluminó el rostro espectral, mas el vigilante no tuvo ni tiempo de asombrarse de que su disparo nada hiciera a aquel asesino, porque el perpalo se introdujo en su cuerpo, como movido por una perforadora.

Después, fue empujado al suelo, y la barra de hierro arrancada de su cuerpo.

Los asesinos no tardaron en enfrentarse con la verja, y ambos se dispusieron a abrirla, el perpalo les ayudó a saltar la cerradura. La puerta gimió al girar sobre sus goznes, y ambos salieron a la calle, tras dejar la más horrible muerte esparcida por donde habían pasado.

Casi silenciosamente, con las luces apagadas, arribó frente a ellos el furgón. Abrieron las portezuelas posteriores, y se introdujeron en el vehículo, que reanudó la marcha, desapareciendo en la noche, mientras la hermana de «monsieur» Renoir, Adele, chillaba, despavorida, ante el horrendo espectáculo que ofrecía la habitación de su hermano Antoine: sangre por doquier, y un cuerpo descuartizado de forma bestial.

CAPITULO III

Amanecía, con un frío húmedo, que hacía que los cuerpos se estremecieran bajo los abrigos y gabanes.

Dos gendarmes custodiaban la verja que daba acceso al parque de la residencia Renoir. Los periodistas, que tenían sus contactos, habían sido avisados de los crímenes cometidos aquella misma noche, y habían saltado de sus camas cuando apenas acababan de acostarse, después de entregar sus crónicas en sus respectivas redacciones, los que no eran libres en la profesión y habían corrido a apostarse ante la mansión Renoir, pese a la inclemencia del tiempo.

Un taxi se detuvo junto a dos coches. Jean Jack Abbaye, el joven médico y periodista, pagó la carrera y saltó al suelo. Conocía a dos o tres de los periodistas allí congregados y, acercándose a uno de ellos, le interpeló:

—¡Fabien!

—Hola, Jean Jack. ¿Cómo te ha ido la americana?

—Pues debajo del gabán.

—No te hagas el gracioso, me refiero a Sabine.

—Es una excelente profesional. ¿Es cierto lo de que hay varias muertes?

—Jo, chico, no sabemos mucho. Los de la PJ se han metido ahí, y no dejan pasar ni un alfiler: creo que ha sido una matanza.

Otro se les acercó, comentando, irónico:

—Y «monsieur» Renoir decía que no le pasaría nada... Las amenazas no han sido baladronadas.

Fabien, un veterano de la prensa, un hombre macizo, con pelo hirsuto y gris, de ojos rápidos y un grueso bigote sobre el labio, añadió:

—Han entrado dos ambulancias y tres coches policiales, y nosotros sin poder tirar una mala placa.

—La verja estaba reventada —rezongó otro de los periodistas que, por falta de información de la policía, se agrupaban entre ellos, uniendo sus comentarios.

—¡Eh, compañeros, ahí llega el juez! —exclamó, otro de los periodistas.

El coche del juez instructor se enfrentó con la verja. Los gendarmes que la custodiaban le saludaron y le abrieron paso. Los periodistas sabían que no serviría de nada acercarse a él y tratar de interrogarle.

Tuvieron que fumarse más cigarrillos, patear el suelo para expulsar el frío de sus pies, y gruñir por no tener una cafetería cerca, donde poder tomar algo que les ayudara a soportar el frío de la amanecida.

Todos se fijaron en la llegada de un «Renauli-5» color naranja, a cuyo volante iba la joven y rubia Sabine, que acercó su vehículo adonde se hallaba Jean Jack.

—Hola, amigos. ¿Han dejado ya entrar?

—Hola, Sabine —la saludó Fabien —. ¿Ya te han arreglado el coche?

—Sí, he tenido que arrancarlo a mordiscos del taller.

—Pero no habrás pagado todavía la factura, ¿verdad?

—No. aún no. veremos si me deja antes en la carretera. ¿Cómo va dentro? He traído la «Nikon», a ver qué puedo sacar.

—¡Eh, mirad, ahí vienen los de la tele! —señaló otro periodista, al ver que un automóvil que ellos ya conocían se les acercaba.

Como si hubieran sido avisados previamente, los de la tele montaron su trípode sobre el coche, y filmaron la salida del juez, instructor. Al poco apareció el comisario Grevin, chupando su apagada pipa.

—Muchachos, si queréis ver la mansión, podéis hacerlo en grupo. El que toque algo se va a ir a la calle, y en la próxima ocasión no tendrá acceso ni a fotografiar esta casa que es mía.

—¡Chicos, a portarnos bien, veremos qué hay dentro! No dejaron pasar ningún coche al interior de la finca.

Entre los dos agentes que custodiaban la entrada controlaron los carnets de prensa de cada uno de los visitantes, y otros dos gendarmes los escoltaron para que nadie cometiera la torpeza de pisar o tocar con sus dedos algún posible rastro, que condujera a los asesinos.

Tuvieron tiempo de ver cómo las camillas eran introducidas en las ambulancias. A distancia, ayudados por sus teleobjetivos, hicieron fotografías.

—¿Comisario, nos deja hacer fotos?

—No, no, por ahora. Un poco de respeto a las víctimas, por favor.

—¿Es cierto que han sido tres?

—Sí, dos vigilantes y «monsieur» Antoine Renoir.

—¿Hay testigos?

—Sí, pero los testimonios son para la justicia, no para vender más periódicos.

Dentro de la casa sólo pudieron ver los rastros de sangre y dibujos que indicaban la forma en que habían sido halladas las víctimas. También pudieron ver a varios gendarmes vigilando cada estancia de la mansión, y. a los agentes del laboratorio, trabajando.

—Bueno, esto es todo lo que hay —rezongó el comisario Grevin.

—Esto ha debido ser una carnicería —gruñó Fabien, mirando la cama ensangrentada.

Varios «flashes» relampaguearon, y uno de ellos era el de la «Nikon» de Sabine. Por su parte, Jean Jack sólo tomaba notas.

El comisario Grevin les observaba con actitud paciente, dejándoles hacer. Por experiencia sabía que era mejor dejar trabajar a los muchachos de la prensa que rechazarlos, porque en este caso se ponían muy pesados, y se los encontraba uno hasta en la sopa, como vulgarmente se decía.

—¿Cómo lo han asesinado? —preguntó otro de los reporteros.

—Hachazos, en realidad lo han descuartizado —respondió el comisario, en forma aséptica, sin entrar en detalles.

—¿Era uno solo el asesino? —inquirió ahora Sabine.

—No. En la casa entraron dos, aunque no se sabe si afuera tenían cómplices.

—¿A los vigilantes también los asesinaron a hachazos?

—Sí, y también usaron una barra de hierro para hacer palanca. Suponemos que con esa herramienta forzaron las puertas.

—¿Y los perros? —interrogó Jean Jack.

—¿Los perros?

—Sí, los perros; hay buenos «doberman» en esta mansión.

—No sabemos; no parece que actuaran.

—Es extraño, ¿no? —opinó Jean Jack—. En mansiones como ésta los perros se dejan sueltos durante la noche para que den vueltas en torno a la vivienda.

—Investigaremos ese detalle. ¿Alguna pregunta más?

—¿Alguien les vio la cara?

—Sí.

Sabine volvió a inquirir:

—¿Han sido identificados ya?

—Somos rápidos, encantadora «mademoiselle», pero no tanto como desearíamos.

—¿Han dejado alguna nota? —preguntó Fabien.

—No.

—¿Alguna señal?—insistió Fabien.

—No. que sepamos.

—Así que entraron directamente a cometer sus crímenes, y luego se marcharon... El comisario Grevin respondió a la pregunta del joven belga:

—Eso parece, por ahora no notamos a faltar nada. No puede decirse que fueran vulgares ladrones.

—Sólo unos carniceros psicópatas —rezongó Fabien. Mirando a Jean Jack, le dijo en voz alta—: Este es un caso especial para médicos.

Los especialistas del laboratorio iban buscando rastros, vigilando de reojo al grupo de «griffonneur de babillards» (*En francés, familiarmente, periodista. Literalmente significa «emborronador de diarios».*) para que éstos no tocaran nada. Ellos no eran partidarios, como el comisario Grevin, de que la prensa metiera tan pronto sus narices en un asunto tan macabro como aquél.

Como si el comisario Grevin captara los pensamientos de los especialistas, que buscaban huellas o pequeños rastros dejados por los asesinos, dijo:

—Por supuesto, si alguno de ustedes encuentra algo que pueda catalogarse como prueba, y se la guarda para ofrecerla directamente a sus lectores, tendrá que habérselas con el juez, por obstrucción a la justicia y, en estos casos, los jueces suelen ser muy severos.

Todos tenían la impresión de qué podían haber conseguido mucho, y en realidad se llevaban muy poca información de la mansión Renoir; no podía

decirse que el comisario Grevin hubiera puesto obstáculos a su labor, pero era escurridizo como un pez.

—Bien, se terminó la visita; vayan saliendo.

—Comisario, si de verdad me contara todo lo que sabe, prepararía un reportaje sensacional; sería el mejor trabajo de mi vida —le dijo Sabine, con entusiasmo profesional.

—Si yo supiera tanto como usted supone, «mademoiselle», entregaría ya el «dossier* al fiscal, pero me temo que no va a ser tan fácil. Ahora, se acabó la rueda informal de prensa. En el comisariado se dice de mí que me jubilaré siendo un blando con ustedes, hasta hay quien insinúa que me envían la prensa gratis a mi casa...

Hubieron algunas sonrisas, el comisario Grevin no pedía más; había demasiada sangre todavía roja y fresca en aquella casa para tomarse la situación a broma.

Descendieron por la amplia escalinata. Al pie de la misma estaba el dibujo del cuerpo de una de las víctimas; la propia moqueta estaba ensangrentada.

Se dirigían ya a la puerta cuando una voz que era casi un alarido histérico les interpeló:

—¡¡Periodistas!!

Todos se volvieron. En el piso alto, asida a la baranda, mitad con enrejado de metal y pasamanos de mármol blanco, pudieron ver a una mujer algo cargada de carnes que, con el rostro congestionado, exclamó:

—¡Los asesinos eran aliados del diablo, yo los vi con mis ojos! —De nuevo relampaguearon los flashes captando la patética imagen de aquella mujer—. ¡Los tras pasaron a balazos, y no parecieron sentir nada! ¡Ahí, ahí donde están ustedes recibieron muchos tiros y siguieron como si nada! ¡Dios, Dios! ¿Por qué, por qué?

Una mujer policía corrió en ayuda de Adele, y se la llevó a una habitación. Fabien preguntó:

—¡Es la hermana de «monsieur» Renoir?

—Así es —asintió el comisario—. Ella descubrió el cadáver despedazado de Antoine Renoir, y ha quedado muy afectada. Creo que deberá recibir tratamiento médico.

Sabine se abrió paso entre sus compañeros, y preguntó directamente al policía:

—«Madame» Renoir asegura que los asesinos recibieron balazos. ¿Es eso cierto?

—Sí, por lo visto uno de los vigilantes les disparó, pero es posible que ellos utilizaran chalecos antibalas. Hoy día son muy corrientes, muchos hombres de negocios y también políticos los usan.

—¡Eh, mirad, mirad! —Exclamó uno de los periodistas, acercándose a la puerta—.

¡Aquí hay agujeros de bala!

Todos se acercaron, y algunos volvieron a quemar película para llevarse

aquellos detalles impresionados.

—Son siete, ¿no? —preguntó Sabine.

—Sí, siete.

Otro periodista interrogó, encarándose con el comisario Grevin.

—¿Los asesinos llevaban pistola?

—No, que se sepa.

—¿Y quién les disparó tenía una sola pistola o dos?

—Creo que he dicho que la reunión se había terminado— cortó el comisario, ya algo molesto.

—Pues si tenía una sola pistola, no les hizo falta el chaleco a esos asesinos porque no pareció darles ni una sola bala.

—¿Y si fueron traspasados de parte a parte? —musitó Sabine.

—«Mademoiselle», le ruego que no publique tonterías. Nadie que reciba un balazo que le traspase de parte a parte sigue caminando tranquilamente para marcharse a su casa.

—¿Y si, como dice «madame» Renoir, eran enviados de Satanás

Hubo risas, y todos en grupo salieron al exterior. El comisario Grevin no se molestó en responder.

CAPITULO IV

Salía Sabine del comisariado cuando casi se dio de bruces con Jean Jack, que iba a entrar.

—Hola, ya se me había olvidado qué cara tenías —comentó la chica.

—He estado en un seminario sociológico, en Bruselas.

—¡Y ha sido interesante?

—Sí, siempre se aprende algo. ¿Qué dice nuestro común amigo el comisario Grevin?

—Poca cosa, es un viejo zorro.

—¿Y el asunto de los Renoir?

—Sin resolver, y el comisario Grevin se pone de pésimo humor, cada vez que se lo recuerdan. Cree que va a jubilarse sin resolverlo, y no le gusta que le hablen de ello. La verdad es que muchos ya lo han olvidado siempre ocurren cosas nuevas, y resulta menos trabajoso dar noticias nuevas que seguir un rastro, si es que se encuentra una pista. Los periodistas nos estamos volviendo muy acomodaticios.

—Pues yo iba a preguntarle al comisario Grevin por el caso Renoir.

—No pierdas el tiempo, no sacarás nada en limpio; asegura que ahora está muy ocupado en otras cosas. La verdad es que la investigación está aletargada, y debe ser porque no saben por dónde empezar. Tenían varios muertos y mucha sangre, pero nada que les condujera a los asesinos.

—¿Y los testigos?

—¿Quién va a creer que los asesinos fueran fantasmas?

—Bueno, te invito a cenar.

—¡Acepto! —soltó de inmediato.

—Vamos, afuera tengo el coche.

—¿Te has comprado uno?

—Sí, ya lo tengo.

Salieron al exterior, y Sabine aprobó:

—Es un buen coche. ¿Tienes «pasta»?

—He pedido un préstamo a largo plazo.

—¿Y te lo han concedido?

—Sí, ha sido la familia.

—¿La familia? Uy, eso es peor que arrancárselo a un Banco.

Subieron al auto, y se alejaron del comisariado, rodando por las húmedas calles de París; había lloviznado aquella mañana.

—Me interesaba por el caso Renoir, pero si no hay nada nuevo...

—Bueno, vino de América un hermano de Antoine Renoir con sus dos hijas, dos bellas criollas.

—¿Ha podido tener algo que ver ese hermano en el asesinato?

—El comisario Grevin asegura que no.

—¡Y la hermana de la víctima?

—Adele se marchó de París, creo que a la Costa Azul, para tranquilizarse un tanto, no sé si habrá regresado va; bueno, volvió para la lectura del testamento.

—¿Quién ha heredado la fortuna Renoir?

—«Monsieur» Renoir no tenía hijos y era viudo; su fortuna ha pasado a sus hermanos. Parece que no pueden salirse de unos márgenes estrictos testamentarios, marcados por el bisabuelo Renoir, que quería que la fortuna no se disgregara. Sólo pueden heredar directamente los que lleven el apellido Renoir, y siempre por el grado de hijos. En el caso de que no existan, de hermanos de sangre y de nombre. Es una herencia rígida, como las de los aristócratas. Por lo visto, el fundador de la dinastía Renoir creyó en la aristocracia del dinero.

—¿Se ha confirmado que el nuevo Renoir estaba en América, cuando ocurrió la tragedia?

—Sí; por lo visto se enteró de la desgracia por la prensa. Creo que los dos hermanos no se llevaban muy bien. Michel Renoir es músico y, si tiene una vida digna, es debido a la asignación que recibía como legado.

—Entonces, el grueso de la herencia lo recibe uno solo, ¿no?

—Sí, en este caso hereda Michel Renoir. De no existir él, la heredera universal sería Adele, la hermana. Esta recibe una asignación importante, que le permitirá vivir bien el resto de sus días.

—Y siempre tiene la posibilidad de ser la heredera, si muere su hermano —observó Jean Jack mientras ponía en marcha el limpiaparabrisas. No podía decirse que lloviera, pero el cristal parabrisas se había mojado a causa de unas finísimas gotas—. ¿Te apetece ir a Montmartre?

—Sí. —Hizo una pausa mientras buscaba unos cigarrillos en su bolso de cuero—. ¿De veras tienes una familia rica?

—Bueno, no están mal.

—¿Y tú piensas vivir del dinero de los tuyos?

—No. pero sí acepto los préstamos, y no creas, son a devolver. Yo recibo un crédito que me sirve para promocionarme, hay que admitir que el dinero ayuda a moverse. Después, cuando esté lanzado profesionalmente, devolveré el dinero en forma gradual. No voy a vivir a costa de la familia corno un niño bien, no. Cuanto más tarde en obtener saneados ingresos, más aumentará mi deuda.

—¿Y puede seguir aumentando eternamente?

—No, tiene un tope, pero me falta mucho para llegar a él. Soy un hombre de vicios moderados.

—Me parece práctico tu sistema —aprobó ella, prendiendo lumbre al cigarrillo. Lo chupó hasta asegurarse de su encendido, y lo cogió con los dedos para acercarlo a los labios masculinos. Después se preparó otra para sí misma—. Los que viven de la jaula familiar —expulsó el humo de los pulmones que ocultaba tras unos pechos punzantes y hermosos —no llegan muy lejos. Tienen que entregar las facturas para que se las paguen, y luego

cogen dinero para diversiones. Es más responsable tu sistema, coges toda la plata y tú mismo te la repartes, sin dar explicaciones a nadie.

—Si, por eso he alquilado un pequeño estudio.

—Uauh, qué bien; habrás abandonado a gusto la pensión que tenías.

—Lógico, me he llevado mi «cassette» estereofónico, mis libros, una máquina de escribir...

—Estarás en la gloria.

—Si quieres, te lo enseño después de cenar.

Ella volvió su mirada hacia él, y sonrió tras el cigarrillo.

—De pronto pensaría que me haces la invitación para meterme en la cama junto a ti; pero por lo poco que te conozco, creo que eres sincero y no piensas sólo en el sexo.

—¿Tengo cara de pensar sólo en el sexo?

—Todos los hombres tenéis cara de pensar en el sexo, salvo los que son mariposones.

—En ese caso, pasaremos antes por una sex-shop.

—¿Quieres comprarte un cassette cargado de suspiros orgiásticos?

—No, un cinturón de castidad para ti, y lanzaremos la llave al Sena. Así te sentirás totalmente segura en mi apartamento.

—¿Y quién te ha dicho que quiero sentirme tan segura? ¡Menuda diversión sería ir a tu apartamento, si no pensara que ibas a estar merodeándome como un sátiro!

—Eres graciosa, Sabine, corro el riesgo de enamorarme de ti.

—Pues yo no pienso ahora en enamorarme; quiero hacerme un nombrecito en el mundo de las revistas, allá en Georgia.

—¿Ansias ganar el Pulitzer?

—¡Quién pillara esa suerte! Oye, ¿tú máquina es eléctrica?

—¿Por qué?

—Es que las que no son eléctricas me torturan los dedos al cabo de un rato de escribir, y pienso que si se me ocurre alguna idea brillante, mientras esté en tu apartamento, la voy a utilizar.

—Pues sí, es eléctrica.

—Magnífico, tú y yo vamos a ser excelentes amigos.

—Oye, ¿no serás demasiado interesada?

—¿Para qué ocultar la verdad?

—¡Diablos!—exclamó medio riéndose tras su propio cigarrillo—. Creo que se emplea demasiado la palabra cínico en el género masculino.

—¿Me estás llamando cínica?

—Bueno, no sé si llamarte cínica, práctica, eléctrica o qué, pero tu sinceridad aplastante me cae bien; por lo menos, no podré decir que me has engañado —terminó diciendo con voz enfática, simulando a un galán desengañado de cualquier radionovela. Después, ambos se echaron a reír.

La cena fue agradable e íntima. Se quedaron un rato mirándose sin hablarse, y ambos tenían un algo de brillante humedad en sus ojos.

—¿Crees que en la Place du Tertre quedará algún pintor que pueda perpetuar tu rostro?

—¿Con el frío que hace? —exclamó ella, sorprendida por la pregunta.

—Nunca se sabe, siempre hacen falta treinta o cuarenta francos a esos futuros Picasso.

—¿De veras te gustaría que me hicieran un retrato?

—Sí. La verdad, eres la única chica que conozco bien en París.

—¿Y en Bruselas?

—Allí conozco a varias.

—Me gusta que también tú seas sincero. —Ella rebuscó en su bolso—: Por aquí tenía una foto...

—No, no, yo quiero un retrato hecho por un artista.

Después de cenar, anduvieron hacia la Place du Tertre. Era tarde, muy tarde y hacía frío. Podía decirse que la plaza estaba desierta, y los muros del Sacre-Coeur aparecían muy oscuros, no podían verse las huellas del último acto de terrorismo contra el templo cristiano.

Caminando muy juntos el uno contra el otro, pudieron encontrar a un japonés, que utilizaba un gorro de estilo ruso para proteger su cabeza del frío. Llevaba una carpeta bajo el brazo, y protegía sus ojos con unas gruesas gafas. Les sonrió ampliamente cuando le interpelaron.

—¿Haces retratos?

—Yes, yes, thirty five frans...

Sabine miró, interrogante, a Jean Jack, y el japonés también le miró.

—O. K. Please, please —dijo el japonés, invitándoles a aproximarse a la luz que brotaba por la cristalera de una sala de exposiciones.

Sosteniendo la carpeta con una mano y parte del antebrazo, con la otra comenzó a dibujar. Era zurdo y no cesaba de sonreír, o quizá era el frío el que ponía aquel rictus en su boca, que le hacía mostrar los dientes muy blancos e iguales.

No tardo mucho en hacer el retrato, que mostró a Jean Jack. Este le hizo algunas objeciones respecto a la nariz y el mentón. El artista nipón asintió con la cabeza, y efectuó unas ligeras rectificaciones y unos sombreados. Jean Jack aprobó el trabajo.

El japonés se marchó, no con treinta y cinco francos, sino con cuarenta.

—No era difícil encontrar a un artista que viniera a ganarse unos francos— comentó el hombre—. Siempre hay alguien con deseos de pintar o dibujar, en esta plaza.

A bordo del «Renault-18», Jean Jack condujo a Sabine a su pequeño apartamento.

Ella se mostró normal y cariñosa. La cena y la delicadeza del joven médico y periodista le agradaban.

Lo primero que hizo Jean Jack al entrar en su apartamento fue colocar el retrato con unas chínchelas en la pared, frente a su máquina de escribir.

—¿Vas a mirarme todo el tiempo?

—Sólo cuando tú no estés.

—¿Soy la primera chica que traes aquí?

—Y espero que la única.

Jean Jack la rodeó por la cintura, la acercó hacia sí y la besó en los labios. Fue una caricia previa de acercamiento, como si dos pajaritos juntaran sus piquitos y se tantearan con besos cortos y seguidos.

Minutos más tarde, el hombre besaba los pezones fuertes de color de Sabine. Ella le cogió de los lóbulos de las orejas y le clavó los pulgares.

—¡Ah!

—¡Cabrito! ¿Sólo quieres sexo de mí?

—No, no, te lo juro, pero tampoco quiero prescindir de él.

—Por sincero, te dejo seguir.

Ella sonrió, y con sus piernas sujetó las de él, pasándoselas por detrás de las corvas para que no pudiera escapar.

Deseaba sentir la fuerza de Jean Jack, su penetrante virilidad sacudiendo su joven y elástico cuerpo, ansioso de vibrar con él. Y lo consiguieron los dos, porque ambos desearon dar más que recibir, y recibieron tanto como dieron.

CAPITULO V

—¿Es suficiente? —preguntó Marie-Joseph, con su cálido e inconfundible acento franco caribeño.

El hombre era alto y tan delgado que semejaba un esqueleto recubierto de piel. Sus facciones eran angulosas, macilentas, y sus ojos, negros y profundos. Su cabello, blanco amarillento y muy lacio, caía casi sobre sus hombros.

Entre determinadas gentes, su sola presencia inspiraba temor, y él lo sabía.

Observó durante unos minutos las dos figuritas de arcilla, y se volvió hacia la mujer de aspecto tosco, algo entrada en carnes y con una nariz suficientemente aplastada como para hacer pensar que sus ancestros no muy lejanos eran negros.

—Sí, te has portado bien. Las maldiciones de los espíritus no caerán sobre ti.

—¿Puedo marcharme, «hungan» (*Sacerdote vudú*)?

—No, todavía no.

La mujer dio una impaciente ojeada a su reloj de pulsera; estaba nerviosa y tenía ganas de marcharse.

Las dos figuras de arcilla tenían cabellos adheridos, pocos, pero eran cabellos humanos. Ambas representaban a mujeres, una de ellas era gruesa y. pese a lo tosco de la figura, podía decirse que representaba a una mujer cincuentona.

La otra se adivinaba delgada y joven.

El «hungan», que se hallaba trente a un pequeño altarcito, en el que colgaban distintos amuletos y restos de animales como una piel de serpiente medio enroscada y un escorpión pequeño muerto, apartó a la muñequita que simbolizaba a la mujer joven.

Sostuvo la figura que representaba a la mujer mayor, y comenzó a hablarle en una lengua ininteligible; era como si regurgitara palabras sobre la muñeca. Sin soltarla, cogió unas pinzas como de tender ropa, pero mucho más grandes, como para sujetar papeles. Con ellas aprisionó la cabeza de la figura por los parietales. Soltó luego la pinza y la muñeca, depositándola en el altar. Hubiérase dicho que la figura de arcilla gemía de dolor.

El «hungan» fijó luego su atención en la otra muñeca, que para él parecía ser más importante. Cogió un recipiente de cristal, muy ancho; era como un gran cristalizador de laboratorio, con menos de un palmo de profundidad. Contenía agua, y el «hungan» introdujo la muñeca en ella, sin hacer ningún conjuro ni invocación.

Acercó su mano a un magnetófono a cassette que tenia disimulado junto al altar, un aparato de alta fidelidad, cuyos «bafles» estaban incrustados en los techos de aquella capilla, dedicada al vudú.

Comenzó a oírse un lejano tam-tam, que tenía mucho de misterioso y sensual. El «hungan» se volvió hacia la mujer que aguardaba, y le ordenó:

—Marie-Joseph, baila en torno al vévé.

Señaló el dibujo ritual del culto que se hallaba en el suelo, en el centro de aquella estancia débilmente iluminada, y que olía a cera quemada y a extrañas hierbas también quemadas.

—No, es que yo no, no... —trató de disculparse.

—¡Baila!

La orden imperiosa penetró en el cuerpo femenino como una daga, pero no hiriéndola en ningún órgano, sino acuchillando sus muslos, obligándola a obedecer. Y comenzó a moverse alrededor del vévé, donde se realizaban las ceremonias.

El ritmo del tam-tam era cambiante.

Marie-Joseph, sin querer entregarse por completo, con los miembros un tanto agarrotados, se fue dejando llevar hasta que comenzaron sus movimientos casi espasmódicos.

Comenzó a sentir un intenso calor, y medio arrancaba sus ropas, sin dejar de danzar.

Era el misterio de una magia negra y milenaria, que penetraba en ella.

El «hungan» dejó de mirarla, como seguro de que Marie-Joseph lo estaba haciendo bien, y se encaró con el recipiente de cristal que tenía agua y la muñeca de arcilla dentro.

La figura no se deshacía, era como si se hubiera impermeabilizado.

El «hungan volvió a recitar palabras, en tono grave y bajo. De pronto, Marie-Joseph lanzó un chillido muy fuerte, como si algo terrorífico se hubiera presentado ante ella.

El hombre no le hizo el menor caso; estaba atento al recipiente de cristal. Y a nivel de agua, por encima de la muñequita de arcilla, apareció una figura, tan nítida como si estuviera en una pantalla de televisión. Era una muchacha delgada y hermosa, de cabellos castaños, y cualquiera habría jurado que ella estaba allí, en miniatura.

El «hungan» sacó un puñal de hoja estrecha y aguda, muy afilada, y sin dejar de pronunciar conjuros, apuntó al corazón de la joven.

Mientras Marie-Joseph chillaba y chillaba, retorciéndose como si hubieran llenado sus entrañas con carbones al rojo, el sacerdote vudú hundió la daga en el agua, justo dónde debía corresponder al corazón de la joven que allí se veía reflejada. De inmediato, el agua se tiñó de rojo.

El «hungan» se apartó del altar. Todavía con el puñal en la mano, se acercó a Marie- Joseph, que seguía chillando, mientras se contorsionaba. La empujó hasta introducirla en el círculo del vévé y allí, la mujer abrió mucho la boca y los ojos, y su voz cambió.

El sacerdote vudú regresó al pequeño altar e introdujo su mano en el recipiente de cristal teñido en rojo para sacar a la muñeca de arcilla. Fue hacia la pared de la derecha, donde había una especie de armario, que en realidad era como una chimenea muy amplia.

Dentro había ocho pequeños ataúdes, cada uno de ellos rodeado por tres

velas encendidas, y conteniendo figurillas de arcilla. Aquel panteón en maqueta quedaba iluminado por todas las candelas encendidas. El «hungan introdujo la muñequita en un ataúd vacío, y encendió las tres velas que tenía alrededor.

Se volvió luego hacia Marie-Joseph y gritó:

—¡Martine Renoir, Martine Renoir! ¿Me oyes?

—¡Sí! —respondió Marie-Joseph, más aquella voz no era la suya propia.

—Estás muerta, pero vives, vives gracias a mí.

—Sí —repitió Marie-Joseph, mientras el tam-tam continuaba, pero en un tono tan bajo que no estorbaban en absoluto las palabras.

—Desde ahora eres una muerta viviente, una zombie, y harás todo lo que yo te mande. ¿Me has oído, Martine?

—¡Sí!

—Soy tu amo, desde ahora y para siempre. Dormirás de día y vivirás de noche. Tu cuerpo se resecará, pero no se pudrirá. No lo olvides, Martine Renoir, eres mi esclava, y no obedecerás a nada ni a nadie más que a mí porque yo sujeto tu espíritu, y te proporcionaré placer o dolor, según crea que lo mereces. Ahora te lo demostraré, Martine Renoir.

Del interior del puño de su túnica extrajo una aguja, que tenía una cabeza brillante y negra. Pinchó la rodilla derecha del muñeco, y en aquel preciso instante, Marie-Joseph lanzó un grito tan penetrante que semejó acuchillar los oídos del «hungan», al tiempo que doblaba su rodilla derecha y caía dentro del vévé, incapaz de sostenerse con la pierna herida.

El «hungan» extrajo la aguja, y Marie-Joseph, que se hallaba en trance, y poseída por un espíritu que no era el suyo, suspiró de alivio. Casi de inmediato, comenzó a notar que le faltaba la respiración, que necesitaba más y más aire. Se sentó en el suelo, y luego se volcó con la espalda pegada al pavimento. Comenzó a efectuar movimientos de caderas y vientre, como si estuviera gozando plenamente del placer del amor y del sexo, mientras el sacerdote vudú acariciaba, con sus hábiles dedos, la muñequita de arcilla introducida en el ataúd miniatura.

—¡Basta, basta!

Cerró el armario que ocultaba los féretros con sus cirios ardiendo, cuyo humo ascendía por la chimenea y por contra absorbía el aire por la parte baja de aquel siniestro panteón. Marie-Joseph, medio descompuesta, se incorporó. El tam-tam dejó de oírse. El sacerdote vertió en un vaso una buena cantidad de vino y, acercándose a Marie-Joseph, le ordenó:

—Bebe.

La mujer bebió. Ayudada por el «hungan», se reincorporó por completo.

—¿Qué me ha pasado? —balbució.

—Nada que tú debas saber, y si dices a alguien que has venido a verme, sufrirás más que la hermana de tu amo. ¡Mírala!

Le mostró la figura que tenía la cabe/a aprisionada por la pinza gigante.

Marie-Joseph, que creía firmemente en la religión vudú, se sobrecogió. Sin

más, se marchó, alejándose del «hungan», al que temía y no sin razón. Sabía de sus poderes mágicos y que enviaba más mal que bien, por lo que era preciso obedecerle y no contrariarle, aunque interiormente maldecía el día en que el maligno «hungan» se había presentado ante ella, dándose a conocer.

CAPITULO VI

El automóvil, un modelo break muy largo, ton baca portaequipajes sobre el techo, se detuvo frente a la verja de la mansión Renoir.

Había oscurecido, el cielo se había despejado y la Luna podía verse, grande y casi redonda. Su claridad permitía deambular sin problemas de visión por los lugares sin luz.

El conductor del vehículo no era otro que el sacerdote del vudú. Sentados en el asiento posterior se hallaban dos sujetos silenciosos y de mirada vidriosa extraviada. Eran seres de aspecto espectral, que no decían ni hacían nada.

El «hungan» hizo sonar varias veces el claxon hasta que se acercó un vigilante. Miró el automóvil y la gran caja rectangular de madera sin pintar, sujeta sobre la baca portaequipajes y preguntó:

—¿Quién es usted?

—Soy monsieur Couchant —respondió enfáticamente el «hungan».

—Un momento, «monsieur».

El portero de la finca franqueó la verja de par en par. El auto rodó por la avenida ascendente. No se detuvo hasta llegar junto al porche de la mansión.

«Monsieur» Couchant se apeó y cerró el coche de un portazo, sin preocuparse de los dos individuos patibularios y espectrales que quedaban dentro. No muy lejos de allí podían oírse los lastimeros aullidos de unos perros.

El «hungan» vestía ahora un elegantísimo abrigo negro. Enfundaba sus manos en guantes blanco-ocres, llevaba bastón con empuñadura de oro, y cubría su cabeza con un impecable sombrero de fieltro.

Salió a recibirle un hombre de estatura media, tirando a baja, con escaso cabello sobre su cabeza redondeada. Tenía una actitud recelosa y mirada huidiza.

—¿Qué quiere de mí?

—«Monsieur» Michel Renoir... —hizo una pausa estudiada y efectista—. Me gusta, me gusta esta casa. Llegaremos a un acuerdo cuando usted comprenda que no es bueno contrariarme.

—¡Está loco! —replicó nervioso, salpicando con unas gotitas de saliva el elegante abrigo de su visitante.

—«Monsieur» Renoir, usted me ha abierto la puerta de esta mansión porque ha oído hablar de mí, porque sabe algunas cosas de mí. No cometa la estupidez de contrariarme. Por cierto, ¿cómo va la jaqueca de su hermana?

—¿Cómo sabe que ella tiene jaqueca?

—Yo sé muchas cosas. Por ejemplo, que su hermana puede que no soporte bien esa horrible jaqueca, y decida poner fin a su vida y, en ese caso, usted sería el último miembro de la dinastía Renoir.

—¡Yo no le conozco, y no quiero saber nada de usted!

—He venido para ver a su hija Martine.

—¿Mi hija? —repitió Renoir, palideciendo.

—Sí, su hija.

El «hungan» retrocedió unos pasos y abrió la puerta. Los dos seres patibularios y espectrales que habían viajado en el coche se hallaban ahora frente a la puerta, sosteniendo sobre sus hombros la larga caja.

—¡Seguidme!

—Eh, eh, ¿adónde va?

—Sígame, «monsieur» Renoir, sígame. Es usted un hombre afortunado, toda su vida siendo un tipo mediocre, y ahora, gracias a la muerte de su hermano, se ha encontrado con una fortuna y esta mansión. Por cierto, ¿ha averiguado ya quién fue el asesino de su hermano?

—¡Llamaré a la policía!

—Hágalo, pero primero veamos a su bella hija Martine.

Subió por la escalinata, resuelto y tras él ascendieron sus dos servidores, que nada decían y que caminaban con visible torpeza, aunque no llegaban a caer.

«Monsieur» Couchant llegó a lo alto y avanzó, muy seguro, como si conociera la mansión palmo a palmo. Se detuvo frente a una puerta, asió la manecilla y la abrió.

Dentro había sólo la luz de la luna, que penetraba por la ventana. Sobre el lecho, con dosel, muy antiguo y regio, yacía una joven delgada, de cabellos castaños.

—¡No puede entrar ahí, mi hija está durmiendo! —protestó Michel Renoir, airado.

Pese a sus objeciones, pasó a la alcoba, y el visitante cerró la puerta con llave.

—Su hija no duerme, «monsieur» Renoir; está muerta.

—¿Muerta?—repitió, atónito—. ¿Qué barbaridades está diciendo?

Mientras, los dos servidores del enigmático visitante descargaban la larga caja en el suelo.

—Usted ha pasado mucho tiempo por las islas del Caribe, «monsieur» Renoir; Haití, Jamaica, Martinica, Barbados, el sur de los Estados Unidos... Usted sabe bien lo que es un zombi, ¿verdad?

Al Oír la fatídica palabra, Michel Renoir retrocedió dos pasos hacia la puerta. Fue entonces cuando se quedó mirando a los dos porteadores de la caja, y aun a la escasa luz que había en la alcoba, pudo ver los ojos vidriosos de aquellos seres.

—Yo no, no...

—No salga de la habitación, «monsieur» Renoir, o será lo último que haga en su vida. No vaya a cometer la tontería de olvidar cómo murió su hermano. Y si está pensando en la policía, mejor lo olvida. ¿Adónde cree que le llevarían si dijera que los asesinos eran dos muertos vivientes, o prefiere llamarlos zombies?

Michel Renoir quiso hablar, y la voz se rompió en su garganta. Tenía

miedo. Era cierto que había vivido en Centroamérica mucho tiempo; había oído hablar del vudú y, por supuesto, de los zombies.

Al principio, se había dicho que todo eran absurdas supersticiones, pero poco a poco se le habían ido contagiando las creencias de las gentes con las que convivía, y ahora., al ver aquellos dos pares de ojos vidriosos, no tenía duda alguna de que eran zombies, y se le helaba la sangre sólo de pensar que él podía ser transformado también en un zombi.

Le aterrorizaba la idea de quedar convertido, en un muerto viviente, esclavo de un ser alucinante como «monsieur Couchant.

Los dos zombies volvieron sus rostros macilentos hacia la muchacha, que seguía en la cama, y aguardaron. «Monsieur» Couchant se volvió también hacia ella, y le habló en tono tajante y conminatorio:

—Martine, yo tu amo, te ordeno que te levantes.

Martine Renoir se levantó; sus bellos ojos también eran ya vidriosos.

—Martine, acércate al que fue tu padre.

La joven, que había adquirido una palidez espectral, caminó hacia Michel Renoir, el cual retrocedió hasta tocar con su espalda la puerta, que le impidió retroceder.

—Bésale en las mejillas.

La muchacha lo hizo y Renoir, temblando, notó el contacto de algo tan helado e hiriente como un pedazo de hielo, en la frialdad del invierno.

—¿Por qué no trata de escuchar el corazón de su hija, «monsieur Renoir? Así podrá comprobar que ya no late.

—¡No, no es posible! —balbució, a punto de gemir de terror.

—Le queda aún otra hija, «monsieur» Renoir. Si lo desea, la convertiré también en otra zombi.

—¡Nooo! ¡Es muy pequeña, es una niña, sólo tiene catorce años!

—En Jamaica, una chica de catorce años es ya una mujer.

—Ella es francesa, francesa... ¡No, no, se lo suplico!

—Usted y yo tenemos mucho que hablar, «monsieur Renoir.

El «hungan» miró hacia la cama, y observó que los dos zombies que le servían como esclavos acababan de abrir la burda caja y de su interior sacaban un fino y elegante féretro, que depositaron abierto sobre la cama.

—Martine, ve a tu nuevo lecho. Durante el día, dormirás; vivirás por la noche, y harás cuanto yo te ordene.

Martine regresó a la cama, y ella misma se colocó dentro del ataúd. Su padre la miraba, horrorizado, comprendiendo que lo que había sucedido va no tenía remedio.

Su hija no sufría un vulgar hechizo; ella estaba muerta y viva a la vez. Sólo una muerte definitiva podría anular su condición de zombi, pero él ignoraba cómo podía conseguirse tal cosa.

Los zombies eran lo que fuese su amo: Si su amo era maligno como «monsieur» Couchant, ellos lo eran también, porque le obedecían.

—¿Qué le parece si ahora hablamos de negocios, «monsieur» Renoir? En

aquel instante, se escuchó un prolongado grito de mujer.

Michel Renoir aprovechó aquel grito para abrir la puerta y correr fuera de la habitación, que se había convertido en algo macabro e insoportable.

Pudo ver a su hermana Adele, apretándose la cabeza con ambas manos como si ésta le fuera a estallar. Era evidente que la mujer no soportaba aquel lacerante dolor.

—¿Adónde vas? —le preguntó, gritando desde la baranda de metal y mármol.

No hubo respuesta. La mujer salió al exterior; la jaqueca que la atormentaba la estaba enloqueciendo.

—Papá, ¿qué pasa?

La chiquilla de cabellos rubios y lacios, había salido de su habitación, y se quedó mirando con curiosidad al alto y desconocido personaje que para ella era «monsieur» Couchant, un ser que más parecía un esqueleto recubierto de piel, con los largos y blanco amarillentos cabellos cayendo sobre sus hombros.

—¡Cécile, Cécile!

—Papá, ¿qué son esos gritos? Me he asustado.

—Tía Adele se encuentra mal.

En aquel momento, envuelta en una bata, apareció una mujer que el «hungan» conocía bien: Era Marie-Joseph.

—Cécile, vamos a tu cuarto —le dijo, con su voz de acento caribeño.

—Es que...—protestó la chica, cubierta con un largo camisón.

—¡Llévatela ahora mismo! —le ordenó Renoir a Marie-Joseph.

—Ya has oído a mi padre, mi niña. Vamos, vamos.

Nadie pudo evitar que «monsieur» Couchant y la chica de catorce años se miraban mutuamente a los ojos.

—Una preciosa niña. Cuando sea mayor, será hermosa como su abuela.

—¿Como su abuela, qué dice?

—¿Acaso no tiene ningún retrato de su madre «monsieur» Renoir?

—¿Quién es usted, en realidad?

—Alguien que tiene unos poderes sobrenaturales. Ahora, «monsieur» Renoir, iremos a su gabinete y solucionaremos algunos problemas.

Michel Renoir sabía que jamás había tenido la fuerza, la osadía ni la arrogancia de su fallecido hermano Antoine. Se daba cuenta de que estaba atrapado por aquel maligno personaje, y que no lograría desprenderse de él. Su hermano debía haberle hecho frente, y había hallado la muerte, en circunstancias horrendas. ¿Qué podía hacer él, que no deseaba morir?

«Monsieur» Couchant comenzó a descender la escalinata, y Michel Renoir, inclinada la cabeza, vencido, le siguió.

En la habitación, Martine había quedado tendida en su féretro. Jamás hubiera podido sospechar que los cabellos que habían quedado prendidos en su cepillo de tocador habían sido recogidos cuidadosamente por Marie-Joseph, la misma que le había recortado las uñas de los dedos sin lanzarlas a

la basura o que le habían clavado la punta de unas tijeras en un accidente estúpido y aparentemente sin importancia, encargándose luego de secarle las gotas de sangre con un algodón.

La desgraciada Martine ignoraba que todas aquellas cosas podían ser empleadas en magia negra en contra suya. Ahora, la suerte de su destino estaba echada: Era una zombi.

CAPITULO VII

Jean Jack estacionó su coche frente a la mansión Renoir.

El y Sabine se apearon del «Renault» y se acercaron a la verja, llamando al timbre. Nadie acudió a recibirles, pero pudieron escuchar una voz de mujer a través de un portero electrónico, que se había instalado hacia muy poco.

—¿Quién es?

—¿Está «monsieur» Michel Renoir?

—¿Quién es? —insistió la voz con acento caribeño.

—Soy Jean Jack Abbaye.

—No sé si estará «monsieur» Renoir.

—Dígale que soy médico.

—Un momento, doctor Abbaye.

Sabine, en voz baja, preguntó a su compañero:

—¿Por qué no le has dicho que eres periodista?

—Porque, en sus circunstancias, no nos habrían abierto las puertas.

—Doctor Abbaye...— interpelaron por el altavoz.

—¿Sí?

—Un momento, ahora le abro la puerta.

Tardaron unos minutos en ver acercarse a aquella mujer, algo entrada en carnes y de nariz aplastada. La criada observó, interrogante, a Sabine, y Jean Jack le dijo:

—Viene conmigo.

Marie-Joseph se encogió ligeramente de hombros, y cerró la verja, tras ellos.

Los tres iniciaron el camino a pie por la avenida. Hacía frío, y el cielo volvía a estar cubierto, mas no llovía. Los árboles ofrecían un aspecto tristón.

—¿No hay portero?

—No. Después de la última desgracia de «madame» Adéle, «monsieur» Renoir ha despedido a todo el personal.

—¿A todo?

—Sí, a todo.

—¿Y quién cuida a los perros ahora? —inquirió Jean Jack.

—¿Los perros?

—oí, había unos magníficos «doberman».

—Ah, sí, es verdad —asintió Marie-Joseph—. Se los habrán llevado.

Sabine tuvo intención de comenzar a tomar notas, mas se contuvo. Jean Jack estaba acertado al suponer que Renoir no tendría ningunos deseos de ver a periodistas por su mansión.

Llegaron a la casa. Jean Jack pudo ver aparcados en un garaje abierto un furgón, un «Citroën DS» y un coche largo, en su versión break.

Michel Renoir salió a recibirles a la misma puerta. Sus ojos albergaban miedo, eran unos ojos que rechazaban.

—¿Me buscaba, doctor...? ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Jean Jack Abbaye. Mi compañera es Sabine, norteamericana.

—Mucho gusto, pero no sé a qué debo la visita.

—Verá, según la policía de tráfico, no existe ninguna duda respecto a que la hermana de usted se mató al chocar frontalmente el automóvil que conducía contra un camión, en la carretera.

—Sí, sí, ya sé que no hay duda alguna. Según la autopsia, no había alcohol en la sangre, ni ninguna clase de droga en su cuerpo. En el coche iba sola, no se explica lo que ocurrió, pero invadió el carril contrario, y prácticamente se metió debajo del camión. —Puso gesto de pesar, después volvió a levantar el rostro y preguntó: —¿Quién le envía a usted?

—Soy médico psiquiatra, y estoy llevando a cabo una crónica científica para unas revistas médicas.

—La verdad, si desea saber algo más, tendrá que recurrir a la policía.

—La policía ya no puede decir más; no han encontrado a los asesinos de su hermano Antoine Renoir.

—Es cierto, no parece muy efectiva, la policía.

—Pese a la carnicería que hubo —intervino Sabine —. Tengo fotografías de la casa que...

—Mi compañera es periodista —aclaró Jean Jack. Michel Renoir la miró con expresión de miedo.

—¿Qué es lo que descansen realidad?

—Hablar con usted. Es difícil de descubrir, pero quizá exista alguna relación entre el asesinato de su hermano y la muerte de su hermana.

—Lo ocurrido a mi hermana ha sido un accidente, un accidente —repitió el nuevo propietario de la mansión Renoir, el último varón de la familia.

Sabine se percataba de que aquel hombre no les quería dar facilidades, ni siquiera les permitía pasar al interior de la casa, por la que había desaparecido la criada. Evidentemente, Michel Renoir tenía miedo, un miedo que le saltaba por los ojos, salpicando en derredor.

—¿Por qué no pasamos dentro y hablamos con más calma, «monsieur». —propuso Sabine con una sonrisa dulce, tratando de suavizar la situación.

—No. no están las cosas en orden; están de limpieza —replicó, nervioso, como sintiéndose acorralado.

Jean Jack se daba cuenta de que Michel no era hombre de actitudes firmes; era un hombre al que se podía dominar a través del miedo. No se parecía en absoluto al fallecido Antoine Renoir.

El asesinado había sido un sujeto sin escrúpulos, arrogante y déspota incluso, un tipo que vivía muy bien, aumentando su fortuna, y que no parecía tener miedo a nada ni a nadie porqué se había montado su propia guardia personal, que al final no le había servido para impedir su brutal muerte.

Michel, su hermano menor, era completamente distinto. ¿Le estarían haciendo extorsión y chantaje a él también?

—¿Ya no tiene servidores en la mansión? —preguntó, de súbito, Jean Jack.

—Pues los he despedido. Quizá cierre la casa, aunque no creo que esto les pueda interesar a ustedes.

—Le hablaré más claro, «monsieur» Renoir, estoy estudiando las motivaciones de lo ocurrido, desde un "punto de vista científico, y si puedo ayudarle en algo, no dude que lo haré.

—¿Y quién le ha dicha que yo necesito ayuda?

—¿Dónde están los perros, «monsieur»?

—Le he preguntado quién le ha dicho que me hace falta ayuda...

Jean Jack vaciló unos instantes. Sabine le miró, como esperando su reacción, y, al final, el joven belga dijo:

—Su cara, «monsieur». Usted tiene miedo y, si lo tiene, es por algo, y si no ha pedido ayuda a la policía, sus motivos tendrá.

—¡Usted está bebido! —replicó, enrojeciendo, porque se sentía descubierto.

—De acuerdo, «monsieur»; investigaremos, pese a usted.

—¡No, eso, no!

—¿Por qué no?

Miró en derredor, vivamente preocupado, como temiendo ser descubierto, pese a hallarse en su propia casa.

—¿De veras quieren ayudarme?

—Si está en mi mano, no lo dude.

—Si me ayudan, más adelante, más adelante —vaciló—, más adelante les contaré algunas cosas.

—¿Por qué no ahora?

—¡Imposible!

Sabine trató de evitar que se rompiera el hilo de unión, que podía ser la ayuda que Jean Jack acababa de ofrecer a Renoir, una ayuda lanzada al aire, sin saber en qué podía concretarse.

—Un momento... —Renoir volvió a mirar en derredor, muy preocupado—. ¿Tiene su coche en la puerta?

—Sí, afuera en la calle.

—Vayan hacia la verja, ahora me reuniré con ustedes.

Renoir se introdujo apresuradamente en la casa, y cerró la puerta, dejándoles solos en el porche. Su actitud resultaba desconcertante.

—¿Que le pasará?

—No lo sé, Sabine.

—¿Es una forma de ponernos de patitas en la calle?

—No lo sé. Vayamos hacia la verja, quizá sí necesite ayuda, y él piense que es mejor que no le vea nadie.

—Ya le habrán visto hablando con nosotros.

—Sí, pero ¿sabes lo que sucederá dentro de un rato?

—No.

—Entonces, vamos y saldremos de dudas. De lo que sí puedes estar segura es de que ocurre algo raro; ya tenemos cogido un cabo de la madeja, y será

mejor no soltarlo. — Miró hacia la puerta y preguntó—: ¿Te has fijado que la casa huele mal?

—Es cierto. Cuando ha abierto la puerta, he olido como a podrido; claro que si ha despedido a toda la servidumbre...

—A toda, no; se ha quedado con la mujer que nos ha abierto la puerta.

—¿Y seguro que no es un miembro de la familia?

—No creo, tiene sangre mulata, claro que nunca se sabe...

Cogió a Sabine y la condujo por la avenida, bordeada de árboles, hacia la regia verja de entrada, al llegar junto a ella, se quedaron esperando. Afuera estaba el «Renault».

—Comienza a lloviznar— observó Sabine. Sacó una capucha de plástico del interior de un bolsillo de su gabardina, y se protegió el cabello.

—Esperemos que no sea una broma —gruñó Jean Jack.

Michel Renoir apareció, de pronto, junto a ellos, sorprendiéndoles. No había bajado por la avenida por la que se le podía haber visto llegar claramente, sino que avanzó entre los árboles.

Llegó junto a ellos con una maleta de cuero en la mano, y jadeaba por el esfuerzo; no cabía duda de que la maleta estaba llena.

—Tomen esta maleta.

—¿Para qué? —preguntó Sabine, desconcertada.

—Hay ropa y cosas de mi hija, Cécile. Cécile es todavía una niña, y está en el colegio. — Le alargó una hoja a Jean Jack —. Aquí está la dirección del colegio. Sáquenla de allá, y llévensela con ustedes. Le doy una nota para que ella no se oponga.

Jean Jack, perplejo, desdobló la nota, y la leyó; efectivamente, estaba firmada por Michel Renoir.

—¿Por qué quiere que nos llevemos a su hija? Usted no nos conoce —le observó el joven médico.

—Ha dicho que me ayudaría, ¿no?

—Sí, pero, esto es casi un rapto.

—No. no es ningún rapto; sólo quiero que mi hija no vuelva a casa. No puedo confiar en nadie, y estoy seguro de que ustedes son buena gente.

—¿Por qué no habla con la policía, si tiene algún temor? —sugirió Sabine.

—No, no puedo avisar a la policía; no, ahora.

—Dígame la verdad, «monsieur» Renoir. ¿Le están haciendo algún chantaje, como ya se lo hicieron a su difunto hermano?

—Por favor, no me hagan más preguntas; ya me está costando hacer este esfuerzo. Denme el número de teléfono al que puedo llamarles para hablar con mi hija.

—Le apuntaré las señas de mi apartamento.

—No, no, sólo quiero el número de teléfono.

Jean Jack había estudiado Psiquiatría, y su profesionalidad, aunque todavía bisoña, le hacía comprender que Michel Renoir se hallaba en una situación apurada, y que no era conveniente presionarle más o todo se rompería.

El miedo que sentía, en unos segundos, podía obligarle a encogerse sobre sí mismo, encerrándole dentro de una concha aislante, y ya nada podría saber de él o de cuanto le sucedía.

Sacó de su bolsillo un pequeño bloc, anotó el número del teléfono, sin poner ningún anagrama identificativo, y arrancó la hoja, entregándosela a «monsieur» Renoir.

—Aquí me encontrará.

—Gracias. Espero que un día pueda explicarle lo que sucede. Por favor, tranquilicen y ayuden a Cécile, es una buena niña. Ya no puedo decirles más.

Les abrió la verja, y la pareja salió a la calle.

Jean Jack depositó la maleta en los asientos posteriores, y el automóvil se alejó suavemente, rodando sobre un asfalto que se iba mojando, por la lluvia que le caía encima.

CAPITULO VIII

Cécile, con cierto grado de desconcierto, miró alternativamente a Sabine y a Jean Jack. La niña no parecía mayor de catorce años, sino todo lo contrario, ya que aparentaba uno o dos menos.

Era delicada y de aspecto muy delgado. Tenía un cabello largo y lacio, de color rubio muy claro, parecido al de la propia Sabine.

La niña guardaba todavía vivos en su mente demasiados sucesos trágicos recientes, el último de los cuales era la muerte de su tía Adele, a la que no había visto más que metida dentro del ataúd, en el que fuera llevada al cementerio.

—La verdad es que vendrás a un apartamento pequeño.

—¿Apartamento?

—Sí, en el centro de París —le puntualizó ahora Sabine.

—¿De veras que a papá no le ha sucedido nada malo? —insistió Cécile, temerosa.

—No. no, él te llamará por teléfono. Sólo nos ha pedido que te cuidemos durante unos días, y que dejaras de venir al colegio.

Cécile, sin protestar, subió al coche donde la esperaba su maleta.

Jean Jack suspiró con cierto alivio, al comprobar la edad de Cécile. Había temido que fuera más pequeña, lo que les habría causado más trastornos. Cécile era suficientemente mayorcita para cuidar de sí misma.

Cuando entraron en el apartamento, a Cécile le pareció de maravilla. Era evidente que encajaba más con su carácter un apartamento que la enorme casa de los Renoir.

Todo le parecía perfecto, y se acercaba a las cosas para acariciarlas con los dedos.

—Es muy bonito, me gusta más que la casa grande que heredamos de tío Antoine; parece un museo.

Se acercó al retrato-dibujo clavado en la pared, lo observó y luego opinó:

—Es muy guapa. ¿Se han casado?

—No —denegó Sabine. Jean Jack carraspeó.

—Os arreglaréis con la habitación, yo ya me quedaré aquí afuera.

—Es que yo...—empezó a protestar Sabine.

—No irás a dejarme aquí solo con Cécile, ¿verdad? Sabine parpadeó, y miró hacia el dormitorio.

—Está bien, pero esto es un chantaje.

—«Monsieur» Renoir ha dicho que sólo serian unos días.

—Ya has oído, Cécile, sólo serán unos días; pero tenemos que hacemos muy amigos. Saldremos de compras, al cine, al teatro, a visitar cosas que te gusten. ¿Te parece bien el plan?

—Muy bien, claro que sí. Será como unas vacaciones; desde que llegamos a París, no he visto nada.

—Seguro que serán unas vacaciones para Cécile —opinó Jean Jack.

—Sí, pero aquí los tres estaremos algo estrechos, ¿no te parece, Jean Jack?

El hombre torció el gesto, pero con aire resignado dijo:

—De acuerdo, me buscaré otro acomodo, y vosotras os quedaréis aquí.

—Puedes vivir en mi habitación del hotel. No es un cuatro estrellas, pero te servirá.

—No es un cuatro, ni un tres, ni un dos...

—Vamos, vamos no te quejes tanto, tiene una estrella, y el conserje no hace preguntas, con tal de que pagues el alojamiento.

—De acuerdo —resopló—, os quedaréis aquí las dos, pero habrá que hacer un trasvase de ropas, ¿no os parece?

—¿Sabe mi papá que os causo tantas molestias? —preguntó Cécile, algo compungida.

—No te preocupes por tu padre.

Sabine apenas acababa de pronunciar aquellas palabras cuando sonó el timbre del teléfono, sorprendiéndoles. Se quedaron, mirándolo, y Jean Jack se acercó para descolgarlo.

—¿Doctor Abbaye?

—Sí.

—Soy Michel Renoir. ¿Está Cécile?

—Sí, un momento. —Se volvió hacia la muchacha rubia y de aspecto frágil —. Cécile, te llama tu papá.

La niña lomó el auricular.

—¿Papá...?

Estuvo escuchando unos momentos, y luego asintió:

—Sí, sí, papá, sí, pero...— Aguardó un poco más, y volvió a aceptar—. De acuerdo, papá. Sí, me portaré bien; parecen simpáticos, sí, son muy amables. —Al poco, colgó.

—¿Todo bien, Cécile?

—Sí, pero papá parece muy inquieto.

—Todo pasará. Cécile. Tu padre debe resolver algunos problemas.

—Desde que llegamos a París, papá está muy nervioso. Siempre había ansiado ser rico y ahora que lo es...

—Cécile, ¿quién más vive allí con tu padre?

—¿Quién vive?

—Sí, porque han despedido a los servidores, ¿no?

—Sí, y también se llevaron los perros. A mí me da mucho miedo aquel parque; es muy grande y como no hay vigilancia...

—¿Esa mujer que parece mulata es de la familia? —interrogó Jean Jack.

—No, Marie-Joseph es nuestra doncella, ya lo era en América. Tiene cosas raras, pero es buena mujer.

—¿Que quieres decir con eso de cosas raras? —preguntó Sabine.

—Es muy supersticiosa. La sal, los espejos, las candelas, en cada cosa que

se rompe o derrama, ella ve un augurio de mala suerte, y siempre habla del mal de ojo y de otras cosas por el estilo. Y de las serpientes, no se le puede ni hablar.

—¿Y cuántas personas más viven en la casa?

—Mi hermana Martine, que me temo que está enferma.

—¿Enferma? ¿Qué ocurre?—inquirió el joven periodista.

—No lo sé. —Se encogió de hombros— Yo quería pasar a su cuarto y verla, pero Marie- Joseph no me dejó. Dijo que estaba enferma. Están todos muy raros, desde que vino aquel señor.

—¿Qué señor? —siguió preguntando Jean Jack.

—No le conozco. Es un hombre muy misterioso, muy delgado y muy alto. Me da miedo, parece un cadáver.

—¿Y no sabes quién es?

—No —respondió a Sabine—. No me han querido decir nada, pero cuando lo vi, iba acompañado de otros dos hombres.

—¿Con el mismo aspecto que él? —preguntó ahora Jean Jack.

—No, bueno, no sé, también daban miedo. Caminaban así...

Trató de imitar los pasos de los dos zombies, muy lejos de sospechar que se trataba de sendos muertos vivientes.

—¿Y tu padre qué hacía con ellos?

—No lo sé, pero me dio la impresión de que estaba asustado.

—¿Cuándo viste a esos hombres? —interrogó Sabine.

—La noche en que tía Adele se mató con el coche. Jean Jack insistió:

—¿La misma noche?

—Sí, sí, la misma noche. La tía salió de casa, gritando que le dolía mucho la cabeza.

—¿Y salió gritando para ir a coger el coche?

—Sí. Papá dijo que debía haberse trastornado; de lo contrario, no se explica su comportamiento. Si le dolía tanto la cabeza, ¿por qué fue en busca del coche?

—Tu tía debió sufrir algunas crisis de nervios —opinó Jean Jack—. Cuando descubrió a tu tío Antoine... En fin, sé que tuvo que marcharse unos días a la Costa Azul para reponerse un poco.

—¿Conocía a tía Adele?

—No personalmente. Cécile, pero tu padre nos ha hablado un poco de lo ocurrido.

—Yo creo que la casa está embrujada.

—¿Por qué dices eso, Cécile?—le preguntó Sabine, estremeciéndose sin saber por qué.

—No sé, huele muy mal. No sé cómo decirlo, pero Marie-Joseph...

—¿Qué le ocurre a la criada?

—Está continuamente gruñendo, y antes no lo hacía. Martine se ha puesto enferma, la tía se ha matado con el coche, y mi tío murió a hachazos. ¿Qué puedo pensar?

—Pues tienes algo de razón —opinó Sabine.

—Aquí estaré mejor. Si papá vendiera esa enorme casa, y pudiéramos vivir en un apartamento como éste, en el centro de París...

—Con el dinero que tiene tu papá, podría comprarse un apartamento más grande —le observó Jean Jack.

—Bueno, más habitaciones, si, pero no tan grande como la casa del tío Antoine.

—Creo que, en realidad, no se trata de la casa de tu tío Antoine, sino la «mansión» Renoir —le observó Sabine—. En ella han vivido siempre los Renoir; primero tu bisabuelo, luego tu abuelo, después tu tío, y ahora le toca vivir a tu padre, que es el último de los Renoir.

—Papá dice que tendría que casarse para tener un hijo que se llamara Renoir. Eso es antifeminismo, ¿verdad, Sabine?

—Sí, pequeña, si. Los hombres siempre quieren que el heredero sea varón y no hembra; parece que perdemos prestigio.

—No sé si se casará y, si lo hace, será por tener un niño.

—Y tu madre, ¿cómo murió?

—De malaria.

—Con la fortuna que le respalda, si se presenta en la sociedad de París, muchas mujeres no dudarán en acercarse a él.

—Yo no quiero tener una madrastra, pero si papá es feliz así...

—Bueno, ¿qué os parece si nos preparamos para ir a comer algo? Yo tengo hambre — dijo Jean Jack.

—Sí, y de paso puedes llevarte una maleta con lo más imprescindible — indicó Sabine —. A la vuelta del hotel, me traeré algunas cosas mías. Ah y esta misma noche, nos llevarás al cine. ¿De acuerdo. Cécile?

—¡Sí, sí!—palmoteo la chica.

—Este humilde esclavo macho, acepta las órdenes de las hembras —dijo Jean Jack, acompañando sus palabras de teatrales reverencias.

—¿Qué te parece, Cécile, podremos controlarlo bien? —preguntó Sabine, señalando al joven periodista. La niña se rió.

—Yo creo que sí, no parece muy violento.

—¿Y qué programa os gustaría ver?

—Uno de terror, me chiflan —pidió Cécile.

CAPITULO IX

Michel Renoir permanecía de pie frente a su mesa escritorio, una mesa de caoba, con vetas ramificadas, que había estado allí durante décadas.

Tras ella se hallaba sentado ahora «monsieur» Couchant ojeando unos documentos como si va fuera él el propietario de la mansión, y Michel Renoir, un simple visitante.

—Bien, ya tenemos constituida la compañía financiera Le Cyprés Société Limitée, de la que soy su presidente. Usted deberá firmar estos documentos de aportación de capital y bienes para los locales sociales.

La mano de Renoir tembló, al tomar los papeles. No era precisamente un hombre valiente ni arrogante, pero no era idiota, y se daba perfecta cuenta de lo que «monsieur* Couchant pretendía.

—¡Esto es un robo! —protestó.

El sacerdote del vudú le miró medio sonriente. Era como si sonriera una calavera, sobrecogía. Mirándole, resultaba difícil comprender cómo seguía viviendo sin carne entre la piel y los huesos.

—No he pedido su opinión, «monsieur» Renoir; sólo le he pedido que firme.

—Pero si invierto todos los bienes que aquí detalla esa compañía fantasma que se ha inventado...

—Le Cyprés Société Limitée —recalcó, irónico.

—¡Lo que sea! Si pongo todos esos bienes en ella, yo perderé el control de los mismos, y usted podrá manejarlos a su antojo, como presídeme que es de la compañía.

—Así es, «monsieur» Renoir, pero no tema; usted seguirá viviendo en esta mansión.

Sólo la muerte le echará de aquí... —hizo una pausa significativa —cuando le llegue.

—¡Esto es el patrimonio Renoir! No puedo ponerlo en sus manos. ¡Tengo dos hijas!

—Una hija; con la otra no cuente ya, es una zombi..

Michel Renoir volvió a temblar. En el fondo, se despreciaba a sí mismo por no atreverse a saltar al cuello de aquel hombre y estrangularle, por haber asesinado a Martine, convirtiéndola en una muerta viviente, que era mucho peor que simplemente asesinarla.

—¡Es usted un canalla!

—Olvídese de lo que piensa de mí, «monsieur» Renoir; yo sé leer en los ojos. Usted me odia, me asesinaría de buena gana, pero me teme, me teme porque sabe que no puede acabar conmigo. Aunque hubiera entrado aquí con una pistola, y me llenase el cuerpo de balas, no conseguiría salvarse porque mis zombies le buscarían y le encontrarían, y su muerte sería aún peor que la de su hermano; de modo que mi muerte lleva implícita la suya. En cambio, yo

puedo destruirle a usted de muchas formas, y de nada le serviría avisar a la policía. Cuando su hermano murió, yo estaba en una velada muy apacible, con un grupo de personas importantes. No hay forma de acusarme porque no son mis manos las que matan. Los zombies son mis verdugos, actúan bajo mi mandato. Podría ser que Martine, su propia hija, fuera quien le torturase a usted hasta morir. Bueno, creo que no es necesario insistir en que es mejor para usted obedecer. Yo me encargaré, con unos amigos abogados, de arreglar sus asuntos comerciales para que dejen de proporcionarle problemas. Esta mansión sufrirá unas ligeras transformaciones; de día estará silenciosa, y en las noches recibirá visitantes, gente importante de toda Europa. No será chusma, se lo prometo. París es la capital del vudú, en Europa.

—Y yo, ¿qué haré?

—Usted será «monsieur» Renoir hasta que muera de vejez; será el señor de esta mansión.

—Pero si todos los bienes los pone a su nombre...

—Los pondré a nombre de la compañía, y usted no me obligará a que los saque de la compañía para ponerlos a mi nombre. No tengo ningún deseo de suprimirle, a menos que me obligue, y usted no desea obligarme, ¿verdad, «monsieur» Renoir?

—Pero, yo, yo sólo seré un comparsa, un payaso, que dé la cara durante el día...

—¿Y le parece poco? Siga mis órdenes, cuide la casa durante el día, que yo la cuidare de noche. Alí, y si desea gozar de algunos placeres, no se preocupe, ya le proporcionaré mujeres. Vendrán aquí damas muy hermosas, se lo aseguro.

«Monsieur» Couchant no perdía su calma en absoluto. Su seguridad aplastante sometía a Michel Renoir que, con la respiración alterada, como si su cerebro tuviera insuficiencia de oxígeno, se inclinó para firmar los documentos por los que entregaba la fortuna Renoir a la compañía financiera Le Cyprés S. L., que era lo mismo que ponerla en manos de aquel sacerdote vudú, al que temía.

—Lo que no ha costado de ganar es fácil de dar, «monsieur» Renoir. Ya lo ve, con unas cuantas firmas, se arregla todo.

—A mi hermano también le pidió todo esto, ¿verdad?

—Pues no.

—¿No? —se asombró.

—No, porque yo ya conocía a su hermano, y sabía que no se hubiera sometido.

—No, claro, él...

—Sí, era de otra forma, por eso murió. ¿Es usted partidario de los héroes muertos? — Sonrió con su mueca casi macabra—. ¿Quién se lo iba a agradecer? ¿Qué ha sido la muerte de su hermano? Yo se lo diré: sólo un caso sin resolver para la policía, nada más. No son los animales más valientes los que sobreviven a los cientos de milenios de años o a los grandes cataclismos;

se salvan los que saben esconderse como los escarabajos, los escorpiones o las estúpidas tortugas, que se refugian dentro de su caparazón. En cambio, los grandes dinosaurios, fuertes y agresivos, ¿dónde están? En los museos, «monsieur» Renoir, en los museos, y usted es de la clase de animal que quiere seguir viviendo, al precio que sea.

—No soy tan cobarde como cree —barbotó.

—He conocido a muchos tipos miserables y cuánto más miserables, más se apegan a la vida; claro que no hay que confundir la miseria de cuerpo con la miseria de espíritu. Usted, por ejemplo, es un miserable de espíritu, siempre ha debido serlo. Seguro que cuando era pequeño, envidiaba a su hermano mayor, y se compensaba robando pequeñas cosas, ensuciándose o culpando a los demás de estupideces. Seguro que para seguir siendo un miserable, ha violado a chiquillas.

—¡¡Noo!!

—Entonces, ¿qué ha hecho, acostarse con chicos?

—¡Le voy a...!

—Usted no hará nada más que lo que yo le mande, y ya se irá acostumbrando a mis ironías. Claro que no vaya a pensar que siempre me estaré fijando en usted. Ahora es usted un hombre importante, pero luego será un personaje, del que no necesitaré preocuparme porque cumplirá con su trabajo. Tendré otras cosas importantes de las que ocuparme. No tema, no se va a aburrir v, si le gustan las chicas, las tendrá, ya se lo he dicho antes, o lo que sea, no le faltará de nada, y tampoco tendrá problemas financieros. Vivirá como siempre ha deseado, y no me importará que se vaya de viaje a Mallorca, a las Hawaii o adonde le dé la gana. Yo puedo hacer que usted se sienta como un «play-boy» triunfante, como lo fue su difunto hermano; la única diferencia es que él no acataba órdenes, y usted sí obedecerá las mías.

—En realidad, mató a mi hermano para que yo llegara a ser el dueño de todo, ¿verdad?

—Casi es usted inteligente, hasta piensa... Pues sí, monté una falsa extorsión. Ya sabía que su hermano no cedería, ni siquiera pensaba exponerme a que me atrapara la policía, pero había que darle un motivo al asesinato, y yo se lo di. Aparentemente, los asesinos pertenecían a una banda de chantajistas, algo muy frecuente, ahora y siempre. Como verá, le hice un favor proporcionándole una herencia inesperada. El destino o la rigidez testamentaria de la familia Renoir obligaba a que su hermano Antoine, el primogénito, se llevara la tajada grande de la herencia, pero muerto él, la tajada era para usted. No me diga que usted no había soñado, en más de una ocasión, con ser el dueño de todo.

—¡Yo no participé en la muerte de mi hermano!

—Es cierto, pero usted se alegró de ser el nuevo heredero Renoir. Sé que jamás se hubiera atrevido a asesinar a su hermano para heredar, y yo le hice el trabajo por usted.

—Porque le interesó.

—Sí, porque no soy idiota, y me doy cuenta de a quién puedo someter y a quién no. Su hermano era de los que preferían morir peleando. Tampoco era ningún santo varón, no vaya a creer; era un depredador, que devoraba cuanto se ponía a su alcance. El hubiera podido engordar la fortuna Renoir, pero no se rendía. Atrape a un gato montés, y vea si puede domesticarlo; antes se dejará matar. Usted no es igual que su hermano, y yo, como ya le conocía, no dude en preparar...

—Esta farsa sangrienta.

—Llámela como guste. Digamos que la muerte de Antoine nos beneficia a los dos. Ya verá como a usted le reciben con los brazos abiertos en la alta sociedad; yo le ayudaré, pero no cometerá la tontería de hablar de mí en las reuniones o fiestas a las que acuda. Usted será el día y yo, la noche, y el día y la noche jamás se mezclan.

Se escucharon unos golpecitos en la puerta del gabinete. La puerta se abrió después y entró Marie-Joseph. Acercándose a la mesa, se encaró con «monsieur» Couchant, y no con el que hasta entonces había sido su patrón.

—No está.

—¿Cómo que no está?

Marie-Joseph miró entonces a «monsieur» Renoir y le dijo:

—Cécile no está en el colegio, ni ha llegado a casa.

—No llegará.

El «hungan» clavó sus lacerantes ojos en Renoir y gruñó:

—¿Usted le ha dicho que no venga aquí?

—Sí.

—Comprendo, tiene miedo.

—Usted ya me lo ha escupido a la cara. Es cierto, soy un miedoso, pero también sé tomar precauciones. No quiero que a Cécile le suceda lo mismo que a mi hija mayor Martine.

—Déjese de estupideces conmigo, y dígame dónde está Cécile.

—A salvo, y no pienso decir dónde.

—Si no me lo dice usted, lo averiguare yo.

—No podrá.

—¿Es un desafío?—se burló «monsieur» Couchant.

—¡A Cécile no le hará nada, nada!

Michel Renoir abandonó el despacho, sintiéndose más tranquilo, por haber salvado algo. Había entregado la fortuna Renoir a aquel ser maligno, capaz de asesinar y de convertir a sus víctimas en zombies, de torturar a distancia con sus maleficios, pero había conseguido alejar a Cécile.

Mientras esto pensaba, una puerta se abrió junto a él, y apareció la espectral figura de su hija Martine, que le sobresaltó. La mujer estaba muy pálida, y sus ojos vidriosos, de mirar extraviado, estaban como fijos en él.

—¿Dónde está Cécile? —preguntó Martine, con voz cavernosa.

—¡No, Martine, no!

Renoir retrocedió, aterrorizado, y Martine siguió caminando torpemente

hacia él.

—¿Dónde está Cécile?

CAPÍTULO X

—¡Cécile, Cécileeee!

La niña se revolvió en su cama. De pronto, se incorporó, dando un grito.

Sabine se despertó, sobresaltada. Su mano buscó el interruptor, y se encendió la luz. A su lado estaba Cécile, sentada y con los ojos muy abiertos. Su expresión era de espanto.

—Tranquilízate —le pidió Sabine, pasándole la mano por la espalda—. ¿Has tenido una pesadilla?

—Me llamaban...

—¿Quién te llamaba?

—No lo sé, había tumbas

—¿Tumbas?

—Sí. Era como un gran cementerio, hacía mucho frío y era de noche. He visto como espectros que salían de sus sepulturas, y tenía miedo, mucho miedo... He corrido entre las tumbas, sin encontrar la salida del cementerio.

—Eso te ha pasado por ver una película de terror.

—Es que era tan real, y me llamaban...

—Sólo ha sido una pesadilla. Cécile.

—Tengo miedo.

—¿Por qué? Has despertado, y ya no hay ningún cementerio.

—¿Tú crees que todo lo que soñamos es mentira?

—No, todo lo que soñamos no es mentira ni verdad, digamos que formamos un lío con los últimos acontecimientos que hemos vivido y lo que nos preocupa. En tu caso, habiendo visto una película de terror, se comprende.

—Tienes razón, Sabine, soy una tonta.

—Mo, no eres ninguna tonta. Estás preocupada, y tienes razón, pero ahora duerme.

—Voy un momento a beber agua.

Sabine, que tenía mucho sueño, bostezó y se dispuso a esperar que Cécile regresara al lecho.

La niña fue al lavabo. Llenó un vaso con agua, y entonces se quedó quieta, escuchando.

—Cécile, Cécileeee...

Se acercó a la ventana, y la abrió, mas unos árboles le impedían ver a distancia.

—Cécile, Cécileeee —insistía la extraña llamada. La niña salió del lavabo y corrió al saloncito.

—Cécile, ¿qué te ocurre? —preguntó Sabine, desde la cama.

—¡No soñaba, me llaman, me llaman!

Sabine se levantó y fue al saloncito cuando Cécile estaba descorriendo los cortinajes del ventanal. La estancia se hallaba a oscuras.

—Pero ¿qué haces, Cécile? Vamos, vuelve a la cama.

—De verdad me llaman. Sabine; lo he oído bien, y ahora estoy despierta.

—No puede ser, estás nerviosa.

—¡Mira, mira en la calle!

Bajo la lluvia fina, avanzaba una mujer joven. Vestía un gabán largo, y nada protegía su cabeza.

—Será una vagabunda —opinó Sabine.

—No, no, es Martine, es Martine.

—¿Martine?

—Sí, es mi hermana.

—Tranquilízate, Cécile, tranquilízate. Piensa que no es lógico que tu hermana esté ahí en la calle bajo la lluvia, buscándote.

—¡Es ella!

—¿Seguro?

—Sí, sí.

Sabine no pudo evitar que la niña abriera las hojas de la ventana y gritara:

—¡Martine!

—No grites, Cécile, es de madrugada. Ahora bajaré yo a buscarla.

—Sí, sí, baja.

Sabine se ajustó la bata. Fuera del apartamento todo se hallaba durmiendo, y ahora se encontraba con que la hermana de Cécile parecía vagabundear por las calles, lo que resultaba absurdo. No vivían en ningún pueblo, sino en el gran París. ¿Cómo había podido llegar Martine hasta allí?

Sabine se ajustó la bata. Fuera del apartamento debía hacer mucho frío.

Con los pies calzados en unas ligeras zapatillas, salió del piso y se metió en el ascensor, el apartamento se ubicaba en la tercera planta. Bajó al vestíbulo, y al otro lado de la puerta de aluminio y cristal estaba la figura que antes vagabundeaba por las calles, bajo la fina lluvia.

—Un momento, Martine, ya voy.

Al acercarse a la puerta, pulsó el botón que iluminaba todo el vestíbulo. A través del cristal, vio claramente a la hermana de Cécile. Estaba a punto de abrirle cuando se fijó en sus ojos, y detuvo su mano. Era como si una oleada gélida la hubiera envuelto de súbito, impidiéndole efectuar ningún movimiento.

Los ojos vidriosos, de mirada extraviada, la tez pálida y macilenta, el aspecto general de Martine, le hicieron retroceder; algo que no acertaba a comprender la hacía volver sobre sus pasos.

—Abre, abre... —ordenó Martine, desde el otro lado de la puerta, con una voz cavernosa, que arrastraba las silabas.

—¡No, no!

Martine levantó los puños y golpeó el cristal, rompiéndolo estrepitosamente. Sabine ahogó un grito, y corrió a encerrarse en el ascensor, subiendo al piso. Cuando llegó al apartamento, se escuchaba por la escalera:

—¡Cécile, Cécile!

La niña quería salir en busca de su hermana, a la que oía claramente, y más, después del estrépito de cristales rotos.

—¡No, no salgas!

Sabine la empujó hacia el interior del apartamento.

—¿Qué diablos pasa? —gritó un hombre que salía, colérico, <le su apartamento, enfundado en una bata.

Sabine, no deseando verse involucrada en algo que era ya seguro iba a provocar un escándalo, empujo a Cécile y cerró la puerta. A través de la hoja de madera, pudo escuchar el paso del hombre, que estaba dispuesto a meterse en el ascensor para bajar al vestíbulo y ver lo que estaba pasando.

—Pero, es Martine... —balbució Cécile;

—Sí, sí, es Martine, pero ya te explicaré...

Pudieron oír el rumor del ascensor, los gritos del hombre, increpando. Después...

—¡Aaaaaggg!

El alarido fue tan sonoro que estremeció a todo el edificio. Comenzaron a abrirse luces, y casi de inmediato, se escucharon hasta cinco disparos.

—¡Sabine, Sabine! ¿Qué ha pasado? —gimió Cécile, temblorosa.

—No lo sé, pero quédate quieta. Por favor. Cécile, no me obligues a que te abofetee.

—¿Por qué, por qué? —insistía la niña, sin comprender nada. Se sentía débil, insegura, casi aterrorizada; lo que ignoraba es que Sabine estaba más aterrorizada que ella.

Un ruido inconfundible y usual en las calles de París, porque se podía oír a todas horas del día, les llegó claramente: Era la sirena de un coche de policía, que se dirigía al edificio de apartamentos.

Tras cerrar la puerta con llave para que Cécile no pudiera salir, Sabine se acercó a la ventana.

Pese al frío, se asomó por ella, como habían hecho otros vecinos del inmueble y de los edificios contiguos.

Abajo, junto al portal, estaba detenido el coche policial, con su luz centelleante. Varios gendarmes se habían apeado, y miraban a un lado y a otro, cambiando impresiones entre sí.

Tres de ellos se desparramaron en direcciones opuestas, como buscando a alguien que hubiera escapado.

Llegaron dos patrulleros más, y también una ambulancia, de la que sacaron una camilla. Un cuerpo fue colocado cuidadosamente en la camilla, mientras dejaba un reguero de sangre. Los agentes comenzaron a cepillar las calles adyacentes, hurgando en los portales, observando incluso las cerraduras de los mismos. Todo había que mirarlo, mientras la ambulancia, con su ululante sirena, se alejaba de allí.

—¿Qué es lo que ha pasado, Sabine, qué es lo que ha pasado?—inquirió, suplicante, Cécile, con los ojos húmedos por las lágrimas.

—No lo sé, Cécile, no lo sé; pero no era tu hermana.

—¡Sí lo era!

Sabine comprendió que no tenía forma humana de convencer a la chiquilla. Fue hacia su bolso, buscó en él y de un pequeño frasco sacó dos pastillas. Llenó un vaso de agua y regresó junto a Cécile.

—Abre la boca.

—¿Por qué?

—¡Abre la boca!

—¡No quiero!

Sabine no dudó más, y con la zurda la abofeteó. Dejando a la niña completamente sorprendida, volvió a ordenarle:

—Abre la boca.

Trémula, Cécile obedeció. Sabine le metió las pastillas en la boca, y luego le puso el vaso entre los labios, obligándola a tragar los comprimidos, con agua. Después le acarició las mejillas, enrojecidas por el castigo, y le pidió:

—Perdóname, no tenía otro remedio, pero no quería hacerte ningún daño. Debes dormir, Cécile, debes dormir.

Cécile arrancó a correr y se lanzó sobre la cama, boca abajo, sollozando. Sabine la miró y no le dijo nada. Se dirigió al teléfono, y comenzó a marcar un número.

CAPITULO XI

Con su documentación de médico, además perteneciente al Mercado Común Europeo, le fue fácil introducirse en el hospital; nadie le puso trabas, y así pudo llegar hasta la habitación ciento treinta y siete, junto a cuya puerta había un gendarme.

—¿Adónde va?

—Soy el doctor Abbaye —le dijo Jean Jack, mostrándole sus documentos, que el agente leyó con detenimiento. Luego le miró a la cara para comprobar que el rostro del joven belga correspondía con la fotografía.

—Disculpe, doctor, pero es que está prohibido que pasen a verle periodistas.

—Comprendo.

El propio policía le franqueó la puerta, y Jean Jack penetró en la estancia, que olía a desinfectantes, y estaba sumida en una grata penumbra.

Un hombre corpulento se hallaba en la cama, con el brazo izquierdo vendado hasta el hombro, y también tenía vendado parte del pecho. El otro brazo estaba quieto a su vez poique iba recibiendo el gota a gota de una botella de plástico, suspendida en el aire, mediante un soporte metálico.

—¿No me trae flores? —le preguntó el herido a boca de jarro.

—¿Flores?

—Sí, flores. Nadie me ha traído flores, y en las películas, a los que van a dar con sus huesos en el hospital, siempre les llevan flores.

—Y a los muertos también.

—Las prefiero en forma de ramo, que de corona.

—Si se porta bien, luego iré a buscar una caja de bombones.

—¿Bombones? —Abrió más los ojos, y agregó, complacido—: Que sean rellenos de licor, son los que más me gustan. Los policías son unos pelmas, y sólo te ofrecen cigarrillos y, como yo estoy a parir, ni eso. La verdad, me siento frustrado.

—Hombre, no diga eso; es usted todo un tío, no una damisela.

—Como dicen que los hombres también tenemos derecho a las flores, a los mimos y a llorar un poquito, reclamo mis derechos.

—Está de buen humor, ¿eh?

—Ahora, si; por la noche, no tanto. Oiga, no será usted policía...

—No, soy médico.

—¿Médico?

—Sí —asintió Jean Jack, acercando una silla a la cama.

—¿Es cierto que tuvieron que meterme en el cuerpo tres litros de sangre?

—Pues no estoy seguro, pero parece que perdió mucha, sólo había que ver la calle.

—Debí parecer un buey degollado, chorreando sangre que daba gusto verme. ¡Maldita arpía! ¿Sabe que no se creen que lo que vi era una monstrua?

—¿Seguro que era una monstrua?

—Sí, sí, claro. ¿No dice que ha estado allí?

—Naturalmente, vivo en el mismo edificio que usted.

—Diablos, ya decía yo que su cara me era conocida. Usted será el nuevo propietario, ¿verdad?

—Sí, no hace mucho que me instalé.

—Pues yo le he visto un par o tres de veces, a distancia, claro. Tanto gusto en conocerle. Si no tuviera las manos tan mal, se la estrecharía.

—Gracias.

—¿Quién pagará la puerta rota?

—No lo sé, supongo que el seguro que tenemos contratado.

—El seguro no se va a creer lo del fantasma.

—¿Era una fantasma?

—Naturalmente. Le metí cinco plomos en el cuerpo, y se fue como si tal cosa, después de medio arrancarme él brazo. Ya ve que soy un tipo fuerte. Sí, sí, he ganado a muchos, haciendo pulsos sobre la mesa, pero cuando metí la mano entre los barrotes para apartarla porque ella había roto los cristales, y estaba doblando los barrotes, me cogió la mano y casi me arranca el brazo do cuajo. Claro que me presionó sobre los cristales rotos. Arpía del diablo, y eso que parecía delicada. Menos mal que ahora los médicos cosen cualquier cosa, una oreja arrancada, un dedo cortado ¿Cree que me quedará bien el brazo, doctor?

—Seguro que sí.

—Menos mal. —Suspiró, miró al techo y después volvió a mirar a Jean Jack—, Usted me cree, ¿verdad?

—¿Respecto a que era una fantasma monstrua?

—Sí, sí, eso. Se lo he dicho a la policía. Era una mujer bonita, de cabellos oscuros, muy mojados. ¡Como estaba lloviendo! La verdad es que tenía una mirada de muerta que asustaba, era como si los ojos se le hubieran vidriado, y eso que no tuve tiempo de mirarla bien. Como me estaba arrancando el brazo.

—Lo comprendo. ¿Y no vio nada más?

—¿Qué iba a ver? Al comprobar que podía retorcer los barrotes de la puerta ella sola, con sus manitas heladas, porque, eso sí, parecían dos trozos de hielo, comencé a dispararle, y como si nada, ni se estremecía. Le aseguro que no fallé, no podía fallar porque casi apoyaba el cañón de la pistola sobre su cuerpo, y ¡bang, bang, bang! Pero nada. La policía dice que yo estaba muy mal, y que no acerté un solo tiro. Las vainas las encontraron en el suelo, y los proyectiles, en la pared del edificio de enfrente. No lo entiendo, debí traspasarla de parte a parte, y la policía asegura que no le di. Parece que la sangre que había en el suelo sólo era mía.

—¿Y qué opina usted?

—Verá, doctor; yo no creo en fantasmas, me río de ellos, sí, sí, me río de los fantasmas, de los muertos y de la madre que los parió; pero aquella chica era un fantasma.

—La verdad es que sólo he venido a interesarme por su salud. Soy su vecino y si cuando vuelva a su apartamento necesita algo de mí, no tiene más que llamar a mi puerta. Mi nombre es Abbaye; para usted, Jean Jack.

—Gracias, doctor.

El joven abandonó la habitación, prometiendo:

—Cuente con los bombones rellenos de licor.

Apenas había pasado por delante del gendarme que custodiaba la puerta de la habitación, cuando se tropezó con el comisario Grevin, que gruñó:

—Yo le conozco. Jean Jack sonrió;

—Imagino que a un experimentado comisario como es usted no se le puede despintar una cara.

—Usted es periodista.

—Mi comisario, este hombre es el doctor Abbaye; he comprobado su documentación — objetó el gendarme.

—Doctor Abbaye, doctor Abbaye... Usted estuvo en la mansión Renoir, ¿verdad?

—Sí.

—¡Claro! Venga conmigo, voy a tomar un café con leche. Nunca sé si he de desayunar o almorzar. Eso me pasa por estar siempre de un lado para otro. ¿Ha desayunado usted?

—Pues sí, hace horas; dentro de poco, almorzaré.

—Entonces, creo que tengo que almorzar yo también. Usted es psiquiatra o algo así, ¿verdad?

—Sí, belga, de nacionalidad. Escribo crónicas científicas, sobre algunos sucesos.

—Ya. ¿Le ha contado el herido que disparó cinco veces sobre un fantasma?

—Sí.

—¿Y cómo se le llama a eso, paranoia, esquizofrenia, neurosis simple o qué?

—Podría tratarse de un caso de alucinación pasajera, no creo que merezca la pena buscar ahora nombres más técnicos. Pero usted, ¿qué opina?

—Que fue él mismo quien rompió el cristal y retorció los barrotes. ¿Se ha dado cuenta de lo fuerte que es?

—Sí, es un hombre recio.

—Luego, alucinado, comenzó a pegar tiros contra la calle, porque la verdad es que no había huellas de nada más.

—¿Y su brazo, medio arrancado?

—Se lo cortó él mismo contra los cristales; es la única explicación.

—¿Por qué habría de hacer semejante barbaridad?

—No sé, eso tendrán que determinarlo los psiquiatras forenses. La verdad es que no es el único loco que comete barbaridades, en mitad de la noche, sorprendiendo a todos con su absurda actitud.

—¿Por qué cree que está loco?

—Porque en su sangre no hay alcohol ni droga, ya está analizada.

—Pues no le diga eso de que está loco, se iba a enfadar mucho.

—Sí, supongo que sí.

Entraron en la cafetería del hospital. El ruido era fuerte, y los platos iban de un lado a otro, el «self-service» funcionaba a pleno rendimiento. Los empleados del hospital se estaban sirviendo ya el almuerzo, y Jean Jack y el inspector cogieron sendas bandejas, que fueron llenando con los platos que más les atraían.

Ya sentados frente a frente, mientras el comisario Grevin empezaba su almuerzo por el postre, en lugar de por el consomé que había escogido, quizá porque le parecían especialmente apetitosas las fresas con nata metidas en una copa alta, de acero inoxidable, Jean Jack comentó:

—Me temo, comisario, que usted no cree que ese hombre, que casi se queda sin brazo, esté loco.

—Habla el reportero o el psiquiatra?

—Una mezcla de ambos.

—¿Por qué lo dice?

—Porque en la mansión Renoir ocurrió algo similar.

Los asesinos de Antoine Renoir fueron dos espectros fantasmales como el que anoche estuvo a punto de arrancar el brazo a ese hombre. También hubo testigos, y uno de ellos disparó sobre los fantasmas, y no sucedió nada. ¿Lo ha olvidado?

—Yo no olvido nada, lo que sí sé es que la testigo, la hermana del muerto, ha desaparecido también. Se metió debajo de un camión, con su coche, y fue un accidente. Los especialistas examinaron el coche, pieza a pieza, y, aparte de retorcidas, todo estaba en orden.

—¿Y el guardaespaldas que disparó?

—Creo que ha encontrado un empleo en Australia; lo despidieron de la mansión Renoir, pero su testimonio está en jefatura.

—Coincide con lo ocurrido anoche, ¿no es cierto?

—Un jurado no lo tomaría en cuenta, y yo sería el hazmerreír, si pretendiera que tales testimonios tuvieran peso en la corte de justicia. Además, ¿contra quién irían los cargos, contra fantasmas? Prefiero atrapar algo sólido, y quizá usted sepa algo, algo que pueda decirme. Recuerde que la ocultación de pruebas es obstrucción a la Justicia, incluso puede ser complicidad con el criminal, y eso tiene pena de cárcel.

—No me amenace, comisario, no le servirá de nada; sin embargo, creo que puedo ayudarle en algo.

—¿Ah, sí? ¿Y en qué puede ayudarme? —preguntó, removiendo la última fresa untada con nata que le quedaba en la copa, casi jugando con ella.

—Pídale a Michel Renoir una loto de su hija Martine, mézclela con otras fotografías de mujeres jóvenes, y muéstreselas todas al herido que está en la habitación. Veremos qué le dice.

—¿La hija de Michel Renoir, el heredero del asesinado?

—Cuidado, comisario, Michel Renoir tiene dos hijas, y yo le puntualizo que la foto ha de ser de la hija mayor, que se llama Martine. La otra es una niña, y se llama Cécile.

—Le veo muy enterado.

—Me interesa el caso científicamente.

—¿Acaso va a abandonar la psiquiatría para dedicarse a la parapsicología?

—No me importaría hacerlo, pero no es ésa la cuestión. Ah, tenga mucho tacto con «monsieur» Renoir, es muy receloso. No se parece a su hermano, que era tan arrogante, que se perdía hablando. Ah, no me mencione a mí para nada.

El comisario, en vez de responder, recogió con la cucharita la última fresa que le quedaba, y se la puso entre los labios para presionarla con suavidad y firmeza a la vez, como si el fruto fuera una adolescente, virgen aún.

CAPITULO XII

El ambiente musical de la cafetería era agradable, nada estridente. Dos chicas irguieron sus pechos para llamar la atención de Jean Jack, mas éste avanzaba, pensativo, y sólo se fijó de pasada en las redondeces pectorales de las féminas. Se acercó a la microcabina telefónica, puso unas monedas y marcó unos números. Aguardó hasta que escuchó una voz femenina.

—¿Diga?

—Quiero hablar con «monsieur» Renoir, por favor.

—¿De parte de quién?

—Del doctor.

—Un momento.

Pasaron unos segundos antes de que pudiera escuchar la voz de Renoir. Estaba excitado, aunque trataba de controlarse.

—¿Doctor?

—Sí, «monsieur» Renoir. Le llamaba para decirle que Cécile se encuentra bien, pero en otro lugar.

—¿Qué ha sucedido?

—Martine la buscaba ayer por la noche, usted ya me entiende.

—¿Martine?

—Sí, su hermana, y un hombre está en el hospital, por su culpa. Me gustaría hablar con usted acerca de Martine, hay algo que me interesa saber de ella.

—No, no, lo siento, pero ella no puede hablar.

—¿Por qué, qué le pasa?

—Lo siento. Dígame adónde puedo llamarle.

—Es mejor que no lo sepa, por ahora. Cécile está en peligro, si alguien más se entera de dónde está, y el teléfono no es seguro. Yo le llamare cada día; a las nueve de la noche, tendrá noticias mías. Entienda bien que quiero saber lo que ocurre con Martine, recuerde que soy psiquiatra.

—Sí, sí, pero ahora no puede ser.

—Sé la capacidad de fuerza que puede desarrollar una persona, en estado de locura.

—No se trata de locura, o sí, no lo sé—respondió, confuso, y evidentemente nervioso.

—Voy a colgar. Cuando vuelva a llamarle, dígame si su hija Martine tiene alguna herida en el cuerpo.

—¿Por qué?

—Mírelo, ya le diré en otro momento por qué. Se cortó la comunicación.

Jean Jack estaba confuso también, no tenía las claves capaces de desentrañar aquel asunto, tan oscuro como sangriento. Tenía la impresión de que existían hechos capaces de espeluznar al más frío, pero no sabía cómo concretarlos, ya que Michel Renoir no permitía que entraran en la mansión.

Por otra parte, si se había decidido a entregar a Cécile a unos desconocidos para que la protegieran, sólo cabía pensar que la niña corría un serio peligro, y lo sucedido en la portería del edificio de apartamentos así lo confirmaba.

Debía dejar que «monsieur» Renoir se calmara un poco, y él mismo le daría las claves de lo que sucedía, incluso de la misteriosa muerte de su hermano, que la policía no había logrado resolver, pese a los exhaustivos interrogatorios y a la búsqueda de rastros.

¿Sospecharía el comisario Grevin de Michel Renoir, como cerebro del asesinato de su propio hermano? No importaba que él estuviera en América, si otros habían cometido el crimen por él. Quizá el comisario pensara, cómo muchos otros, que los asesinos a sueldo son los más difíciles de descubrir, por tener muy poca o ninguna relación con la víctima.

Subió a su automóvil, y cruzó por el «Bois de Boulogne», en dirección a Versalles. Dejó atrás el bello parque, donde en el buen tiempo proliferaban las flores de la noche, llamadas prostitutas.

Detuvo el vehículo frente a un hotelito de la tranquila población de Versalles, especialmente en invierno.

En conserjería le informaron de que lo que buscaba lo encontraría en el coquetón y limpio restaurante. Nada más entrar, las vio, acercándose a su mesa.

Cécile y Sabine le miraron, interrogantes.

—Hola, ¿llego a tiempo para cenar?

—Sí, nosotras comenzamos ahora —le dijo Sabine.

—¿Cómo está Martine?—quiso saber Cécile.

—Supongo que bien, en tu casa.

—¿No me engañas?

—Yo no la he visto, pero quien estaba en el hospital era mi vecino.

—¿Cómo se encuentra?

A la pregunta de Sabine, el joven respondió:

—Se recupera. El comisario Grevin piensa que se ha vuelto loco, y que fue él mismo quien rompió los cristales y retorció los barrotes que, aunque aparentemente sean de aluminio, interiormente llevan acero para darle fuerza.

—No fue él, yo lo vi.

—Lo sé, Sabine, lo sé, y en realidad, el comisario Grevin tampoco lo cree, pero como no encuentra ninguna otra respuesta lógica, prefiere dar esta explicación oficiosamente, va que la oficial no la dará hasta que su opinión esté respaldada por pruebas o testimonios. De momento, no sabe nada de vosotras dos.

—Mejor, no es momento para un interrogatorio.

—Pero yo vi a Martine —insistió Cécile.

Una camarera, muy atenta, se les acercó; parecía vietnamita. Jean Jack le pidió la cena, y aguardo a que se retirara para encararse con Cécile.

—¿Tu hermana Martine había sufrido en alguna ocasión, cómo te diría, un acceso de locura?

—¿Locura?

—Bueno, quiero saber si se excitaba con frecuencia, se ponía a gritar o daba golpes contra los muebles o las puertas.

—No, no, es muy pacifica.

—Qué extraño. ¿De verdad no se ha comportado de una manera anormal, en alguna ocasión?

—No, no. Yo la quiero mucho. ¿Por qué me han sacado de casa, es que a Martine le ocurre algo muy malo, todo es por ella?

—No creo, quizá sea por culpa de aquel hombre al que viste, y que me dijiste te daba miedo. Si supiera algo más de el...

—Yo no sé nada, papá nunca me había hablado de él. Se presentó en casa inesperadamente, y le vi sólo un momento porque Marie-Joseph me llevó de nuevo a la cama. Sólo sé que tía Adéle gritó mucho, y se fue corriendo para matarse poco después, al chocar contra un camión.

—¿Crees que ese personaje puede tener poderes hipnóticos? Sabine opinó:

—Es una posibilidad. Hay hombres con un gran poder de sugestión, que se imponen a otros, los dominan y obtienen de ellos cuanto desean.

—¿Queréis decir que Martine está hipnotizada?

Sabine se quedó unos momentos pensativa, después comentó:

—Su mirada estaba extraviada, pude verla bien.

—¿Seguro?—insistió Jean Jack.

—Sí, seguro. Tenía los ojos brillantes, como vidriados, pero supongo que eso sería un efecto de las luces, y por hallarse ella detrás del cristal de la puerta del vestíbulo.

Mirando a uno y a otro alternativamente, angustiada, en busca de una respuesta, Cécile preguntó:

—Y si la hipnotiza, ¿qué le hará?

Jean Jack dejó que la camarera vietnamita le sirviera y después, tras probar el vino que acababan de escanciarle, opinó:

—No creo que le haga nada. El que me parece que sí está asustado es tu padre, Cécile. Si supiéramos si ha tenido negocios con ese desconocido, del que nos hablaste...

—Papá nunca habla de sus cosas, aunque, la verdad, antes de venir a París, no tenía mucho de qué hablar. Ahora sí tenía problemas, y vinieron unos abogados a ayudarle.

—Si tu padre te ha confiado a nosotros, es que tiene mucho miedo. Si tuviera el valor de confesarse...

—¿Supones que papá ha hecho algo malo?

—Espero que no. Cécile. Mira, será mejor que cenemos; ya habrá tiempo para hablar.

—¿Sabe papá que estoy aquí ahora?

—Tu papá sabe que te estamos cuidando, es lo que nos pidió.

—Sí, claro. ¿Y si yo acudiera a la policía, le detendrían a él?

—¿Por que ibas a ir tú a la policía, Cécile, qué les dirías? —interrogó

Sabine, perpleja. Cécile se encogió de hombros.

—No lo sé, les pediría que ayudasen a papá, si está en problemas.

—Cécile, más o menos, todo el mundo tiene algún problema, que debe resolver por sí mismo y, si necesita ayuda, es preferible acudir a un familiar o a un amigo

—le razonó Sabine, muy cariñosa.

Cécile había estado naciéndole muchas preguntas, y se evidenciaba la confusión mental de la niña, que aún sufría el «stress» del cambio de ambiente, de país, de la separación de sus amistades.

—Bueno, ¿qué os parece si cenamos tranquilamente?

Sabine aceptó, de buen grado; Cécile, no tanto, aunque se calló. Sus posibilidades de hacer nuevas preguntas se habían terminado.

En el hotelito tenían dos habitaciones; en una de ellas dormiría Jean Jack y en la otra, Cécile y Sabine. Esta, por indicación del joven, invitó a Cécile a tomar un vaso de leche, al que había echado unas diminutas pastillas, que debían haberse disuelto.

—No tengo ganas de tomar leche.

—Por favor, está templada, y con miel, en vez de azúcar, te ayudará a dormir.

—Está bien, ya me la tomaré, pero no en seguida.

Sabine suspiró y la niña semejó enfrascarse en la lectura de una revista, mientras la camarera vietnamita retiraba el servicio.

—Cécile —la interpeló Jean Jack.

—¿Qué?

—¿Te importa que Sabine y yo paseemos un poco?

—No.

—Cuando te hayas tomado la leche, ¿subirás al cuarto y te acostarás? —le preguntó Sabine.

—Sí —respondió, alargando la «i».

—Te dejo la llave. Cierra por dentro.

—Y tú, cuando regreses, ¿dónde dormirás? —inquirió Cécile.

—Te llamaré. Me abrirás, ¿no?

—Sí, claro—aceptó la niña, ante aquella pregunta tan simple.

—Me gustaría más verla va en la habitación —observó Jean Jack.

—No soy tan pequeña, voy a subir sola a la habitación quince. La tuya es la dieciséis, ¿no?

—Sí —asintió el hombre.

—Si tengo miedo, llamaré a tu puerta.

—Bien hecho. —Jean Jack miró a Sabine—, ¿Vamos?

—Sí.

Se levantaron de la mesa, dejando a Cécile sola frente al vaso de leche. Sabine cogió su gabardina, y salieron al exterior sin poder ver cómo, pocos minutos más tarde, y protegiéndose con la revista que tenía entre las manos, Cécile vertía el contenido del vaso dentro de un paragüero de loza blanco que,

en sobrerrelieve, parecía tener grabados unos corazones.

El somnífero para que Cécile durmiera tranquilamente, sin pesadillas, se hacía perdido; no actuaría sobre su sistema nervioso.

Sabine y Jean Jack anduvieron por las desiertas calles de la población.

La joven y bella periodista franco-americana subió el cuello y las solapas de su gabardina; hacía frío y se apretó contra el cuerpo del nombre.

—Todo el mundo está durmiendo —comentó ella, con un susurro.

—Nosotros también lo estaremos pronto.

—Espera un poco. Cécile, con el somnífero que le he puesto en la leche, se dormirá en seguida.

—Es una dosis pequeña, no le hará ningún daño y quedará tranquila.

—Ella sabe que tú y yo nos sentimos unidos.

—¿Te ha preguntado algo?

—Si íbamos a casamos.

—¿Y qué le has respondido?

—Que no sabía, que la vida es muy extraña, muy corta y muy larga a la vez, pero que si tú me lo pidieras, no me importaría aparejarme contigo.

—¿Sin casarte?

—No abuses de la situación, canalla.

El la rodeó por la cintura con su fuerte brazo y la estrechó más contra sí, incluso les costó seguir caminando.

—Cuando resuelvas este asunto de los Renoir, te olvidarás de mí —se lamentó Sabine.

—No. La verdad, me interesa mucho el caso Renoir, y todo lo que ha sucedido después. Creo que hay algo irracional, incontrolable por la ciencia. Los testimonios habidos me empujan a creerlo.

—¿De veras crees que existen seres que no se inmutan, mientras las balas les traspasan el cuerpo?

—Si en vez de que este suelo está mojado y frío, estuviera lleno de brasas al rojo vivo y te descalzaras, ¿caminarías sobre ellas?

—No.

—Yo tampoco, pero hay seres que lo hacen sin quemarse; es un hecho probado, y, como ese caso, hay muchos otros que la ciencia no alcanza a explicar. Intuyo que el eje de todo es ese ser extraño que vio Cécile, y que está dominando al nuevo Renoir. Posiblemente, por exigencias de ese individuo es por lo que han despedido a los vigilantes de la mansión y se han quedado solos, incluso se han llevado a los «doberman». ¿No te parece eso muy raro?

—Quizá tenga fobia a los perros.

—Sí, eso sería fobia a los perros. ¿Regresamos ya?

Ella le dedicó un mohín gatuno, y al poco se hallaban en la conserjería del hotel.

Jean Jack recogió la llave de la habitación dieciséis, y ambos subieron al primer piso. Al pasar junto al número quince, Sabine acercó su oído a la

puerta, escuchó un poco y después cuchicheó:

—No se oye nada.

—Se habrá dormido. Ven.

Nada más cerrar la puerta, sus labios se unieron en un beso largo y apasionado. Allí no hacía frío ni humedad, un calor agradable llenaba la alcoba.

Se desnudaron y volvieron a abrazarse sobre la cama, en la que giraron de un lado a otro. Entremezclaron sus miembros y se llenaron mutuamente de besos como si fueran ciegos que necesitaran saber cómo eran el uno y el otro, mediante la sensibilidad táctil de sus labios, que recorrían, ávidos, sus pieles. Ambos semicerraron sus ojos, notando que el calor les invadía y un ligero sudor abrillantaba sus jóvenes cuerpos.

—Jean Jack.

—¿Sí?...

—¿Me quieres?

—Sí, te amo, te amo.

—Yo también te quiero, Jean Jack, te quiero. Sigue, sigue, suave, por favor, suave... ¡Ahora, ahora, hazme daño, hazme daño...!

CAPITULO XIII

El comisario Grevin estuvo durante todo el día dándole vueltas a la sugerencia que le hiciera Jean Jack Abbaye. Como había tenido que resolver muchos problemas durante la jornada, era ya de noche cuando se detuvo frente a la verja de la mansión.

Se apeó del auto y llamó por el portero electrónico. Hubo de repetir la llamada tres veces, antes de que le atendieran.

—¿Quién es?

—Soy el comisario Grevin, deseo ver a «monsieur» Renoir.

El comisario tuvo la impresión de que se habían olvidado de él, de que no le prestaban ninguna atención, porque pasaron más de dos minutos sin que le atendieran. Volvió a llamar.

—Un momento, «monsieur» comisario, ahora le abro la puerta. La voz era de mujer y tenía un neto acento caribeño.

El comisario miró su coche, estacionado junto a la acera, hubiera preferido que le abrieran la puerta y entrar con el auto hacia el interior del parque. Lo pensó unos minutos, y al fin se decidió.

Volvió a acomodarse en el coche, encendió los faros y se encaró con la verja, subiendo a la acera. Al poco, gracias a la luminosidad de los faros, vio como un nombre bajaba por la alameda. Era el mismísimo Michel Renoir, que parecía mirar a un lado y a otro del oscuro parque, con evidente temor.

—¡Esos faros!—gritó, al llegar a la verja—. ¡Me deslumbran!

El comisario Grevin apagó los faros. Al ver que Renoir se quedaba tras la verja, sin abrirla, volvió a bajar del auto.

—«Monsieur» Renoir, ¿no sería mejor que abriera la puerta para que pudiéramos charlar en su casa?

—Es muy tarde. ¿Ocurre algo malo, comisario?

Grevin exhaló un suspiro, y hundió sus manos en los bolsillos del abrigo.

—Quería hablar con usted y con su hija Martine.

—¿Con Martine? —repitió, sorprendido. Luego, casi tartamudeó—. Está enferma...

—No sabía. ¿Algo serio?

—Tiene, tiene gripe, ya sabe, con algo de fiebre. No debe ser molestada.

—Pese a todo, me gustaría verla.

—Lo lamento, comisario. Vuelva mañana, quizá se encuentre mejor.

—Verá, «monsieur» Renoir, ya sé que se ha convertido usted en un hombre importante, al asumir la herencia de su hermano; pese a ello, yo no puedo perder mi tiempo, tengo varios asuntos que resolver. Si me hace el favor de dejarme pasar, charlaremos más cómodamente; claro que si usted prefiere que le cite en el comisariado o que le pida al juez una orden para que le interrogue a usted y a su hija...

—Por favor, comisario, sus palabras suenan a amenaza.

—Dígame, «monsieur» Renoir, ¿por qué me corta el paso? Es como si tratara de impedir que yo viera algo que le preocupara.

—¿Yo, qué puedo ocultar?

—No sé, a su hija Martine, por ejemplo.

—Ya le he dicho que tiene gripe.

—Ahora mismo podría pedirle al juez que venga un doctor forense a reconocerla.

—¿Y por qué habría de hacerlo, trata de acusar a mi hija de algo?

—De acuerdo, «monsieur» Renoir, de acuerdo. Dentro de una hora, regresare con el juez y media docena de gendarmes.

El comisario estaba a punto de volver a subir a su automóvil cuando Renoir, recapacitando sobre lo que podía ocurrir si el policía se marchaba molesto, le llamó, al tiempo que abría la verja.

—Por favor, por favor, no se vaya, pase.

El comisario miró a «monsieur» Renoir, y sintió una instintiva antipatía hacia aquel hombre que rezumaba miedo. Había experimentado esa misma sensación en muchas ocasiones, desarrollando su labor de comisario.

Subió al coche, encendió los faros e incluso dio al motor más gas del conveniente. Este roncó, fuerte, y avanzó, barriendo la avenida con sus luces. Tuvo intención de dejar a Michel Renoir en la puerta y seguir adelante por el parque hasta la casa, mas contuvo su deseo de dejar atrás a Renoir y aguardó, abriendo la portezuela que daba acceso al asiento que estaba junto al suyo.

—Suba.

—Sí, sí, comisario.

Apenas habla tenido tiempo de acomodarse cuando el coche reanudó su marcha hacia la mansión, deteniéndose frente al porche.

Grevin no dijo nada, y se percató de que «monsieur» Renoir le observaba de reojo, como tratando de adivinar en qué acabaría aquella visita.

Detuvo el vehículo y salió de él. Subió al porche, empujando la puerta de entrada, que cedió. Nada más entrar en la mansión, el hedor se metió de tal forma en sus fosas nasales, que tuvo la impresión de que éstas acababan de taparse; se ahogaba.

—Tendrá que ventilar esta casa —rezongó.

—¿Ventilar? Ah, sí, claro, es que la servidumbre...

—¿Qué le sucede? ¿No tiene con qué pagar a la servidumbre? Los Renoir siempre han tenido una fortuna; es más, cuanto le rodea vale una fortuna. Su hermano se vanagloriaba que los anticuarios y los marchantes en arte le iban detrás, a veces para venderle y en ocasiones para hacerle ofertas para que fuera él quien vendiese.

—Sí, claro, lo que sucede es que estoy en periodo de renovación. Me gustaría transformar un poco esto, son demasiadas desgracias seguidas. Primero Antoine, luego Adele...

—Lo comprendo, pero, a pesar de todo, huele muy mal su casa. ¿Cómo diría? Huele a, a... —vaciló—, como a muerto.

Michel Renoir tragó saliva con dificultad. Alejándose hacia la escalera, le pidió:

—Un momento, voy a ver a mi hija.

El comportamiento de Michel Renoir no era muy normal, y así se lo pareció al comisario, que se dispuso a aguardar pacientemente.

Allí se ocultaba algo muy extraño, y terminaría por averiguarlo, no en vano había habido demasiada sangre en aquella casa, incluidos, además de los Renoir sus dos vigilantes.

Marie-Joseph bajó la escalinata, y se dirigió al comisario, pidiéndole:

—¿Puede seguirme?

—Sí, claro.

Subió la escalinata y entraron en una habitación que, nada más pasar, le pareció al comisario Grevin de una frialdad atroz. Sólo estaba encendida una luz en un ángulo, con una pantalla gruesa.

Michel Renoir estaba junto a la cama en la que, recostaba entre almohadones, se hallaba una mujer joven, que tenía los ojos entreabiertos.

—Aquí está mi hija, comisario. Será mejor que no la molestemos mucho.

—Si está enferma, ¿cómo pueden tener esta habitación tan fría?

—Es que ésta no es la habitación de Martine —replicó Marie-Joseph espontáneamente.

—¡Estúpida!—casi le gritó Renoir.

—Pero ¿qué es lo que pasa? —gruñó el comisario Grevin, viéndose en la necesidad de actuar.

Se acercó a Martine y le puso la mano sobre la frente como para calibrar su temperatura.

—¡Puñetas, está fría como una muerta!

Martine movió uno de sus brazos y con su zurda asió la muñeca del comisario, que quedó sorprendido por la acción y también por la intensa frialdad de aquella mano que semejaba una garra de acero.

—¿Qué hace?

Michel Renoir no sabía qué hacer ni qué decir cuando en el umbral del dormitorio apareció el «hungan», alto y siniestro.

—Su exhaustiva curiosidad le ha perdido, «monsieur» comisario.

El comisario Grevin trataba en vano de librarse de la mano helada de Martine, que le sujetaba con una fuerza inexplicable, en una mujer de aspecto delicado.

—¿Quién es usted? —barbotó.

—Ahora soy su juez, y ya le he sentenciado a muerte.

—¿Cómo?

Por la puerta entraron dos zombies, dos seres desconocidos para el comisario, dos muertos vivientes, con su caminar torpe y su aspecto patibulario, espectral.

El comisario pudo ver sus ojos vidriosos y, al comprobar que se le acercaban con su avance torpón, se volvió hacia Martine. Entonces pudo ver

los ojos de la muchacha, que también estaban vidriosos.

—¡Sujetadlo! —ordenó, tajante, «monsieur» Couchant.

Los zombies sujetaron al comisario, de tal forma que éste casi no pudo moverse mientras la frialdad de aquellos seres le dañaba allá donde le sujetaban.

El misterioso y maligno «hungan» extrajo unas tijeritas de uno de los bolsillos de su chaqueta negra. Se acercó con ellas abiertas hacia el comisario Grevin, que le miró receloso, queriendo retroceder, mas no pudo.

Aquellos seres hediondos y helados le sujetaban con una fuerza sobrehumana.

«Monsieur» Couchant cogió una de sus manos, y le recortó las uñas, que guardó en su palma. Le cogió luego un mechón de cabellos, y se lo cortó; uniéndolo a las uñas.

—¿Qué hace?

—Marie-Joseph, tráeme un sobre y una jeringuilla.

—En seguida, «monsieur» —se apresuró a asentir la sirvienta.

—¿Qué son ustedes, qué pretenden?

Marie-Joseph, que temía a «monsieur» Couchant como si éste fuera el mismísimo diablo, se apresuró a obedecer y regresó con él sobre dentro del cual colocaron los recortes de uñas y los cabellos cortados.

—Ahora, con unas gotas de sangre bastará. Voy a hacerle un muñeco muy especial, comisario.

Cuando la aguja hipodérmica iba a pinchar el dorso de la mano del comisario, sonó el timbre de llamada de la puerta que daba a la calle. Todos quedaron quietos, en tensión, a la expectativa de quién podía llamar, a horas tan intempestivas.

CAPITULO XIV

Jean Jack Abbaye conducía con el rostro contraído y los labios prietos, mientras los faros barrían la calzada casi desierta. El auto rodaba a fuerte velocidad.

—No le habrá pasado nada, ¿verdad? —musitó Sabine.

—Espero que no. Y su padre, que nos la confió...

—Quizá hubiera sido mejor llamar a la policía.

—Si no la encontramos, habrá tiempo para eso.

Sabine trataba de buscar en su mente una posible solución al problema en que se hallaban. Aquella misma noche, después de gozar del amor con el hombre que la hacía vibrar, había tratado de entrar en la habitación quince. Encontró la puerta abierta, descubriendo la fuga de Cécile.

—¿Crees que habrá hecho «auto-stop»?

—Es posible y muy preocupante. Una niña de catorce años haciendo «auto-stop», de madrugada, es una situación muy peligrosa; cualquier desaprensivo puede cometer una canallada con ella.

—Dios no quiera.

Sabine había aceptado la opinión de Jean Jack, respecto a que era preferible no avisar a «monsieur» Renoir por teléfono, pues lógicamente lo asustarían con la noticia, si es que Cécile no había llegado antes. Si estaban a su lado, podrían dialogar y tomar mejores decisiones, ya que, después de todo, si había que avisar a la policía, debía hacerlo el propio padre y no ellos.

Sabine encendió cigarrillos y palmeó el muslo de

Jean Jack, como pidiéndole que se tranquilizara. Le puso el pitillo entre los labios, y el hombre lo aceptó, sin decir nada.

Al fin, llegaron frente a la verja de la mansión Renoir; Jean Jack había hecho el recorrido en un tiempo récord, gracias a la nula o escasísima circulación, a aquellas altas horas de la madrugada.

—Vamos —le pidió Jean Jack.

Saltaron al sucio. Cuando Sabine iba a llamar al timbre, Jean Jack se lo impidió.

—Espera.

Al empujar la verja, ésta cedió. Había quedado abierta, por descuido o prisa en abandonar aquel lugar.

—Entremos.

La pareja se internó en la avenida; apenas podían ver el camino hacia la casa propiamente dicha.

Sin ser vistos ni oídos, pues ya no había perros que pudieran detectarlos, arribaron frente al porche y se enfrentaron con la puerta de la casa, que también cedió; era como si hubieran dejado las puertas abiertas adrede.

Dentro de la casa había luz, escasa, pero suficiente para deambular por ella, sin tropezar.

—¡Qué mal olor! —Exclamó Sabine— me cogen náuseas.

—Es como si tuvieran cadáveres por aquí —opinó Jean Jack.

Desconcertados, optaron por subir las escalinatas. Una vez en el corredor alto, el hombre se enfrentó con una de las puertas.

—¿Y si llamáramos? —preguntó Sabine.

—Bueno, ya estamos dentro, y tampoco es cosa de empezar a dar voces. Quizá encontremos a Cécile metida en su cama, durmiendo tranquilamente; eso sería lo mejor para todos.

Abrieron la puerta que correspondía a un dormitorio, y se encontraron con tres cirios altos y gruesos, iluminando un ataúd vacío, que se hallaba sobre la cama.

—Dios mío —gimió Sabine—. ¿Qué significa esto?

—No sabía que tuvieran un muerto en la mansión...

—¿Quién puede ser?

De pronto, un alarido mezcla de terror y dolor inundó la casa, desde el tejado a los cimientos.

—¿Qué ha sido eso?

—¡Vamos! —apremió Jean Jack.

Salieron de la habitación y volvieron a bajar por la escalinata. Miraron a un lado y a otro, y se pudo escuchar un nuevo grito de dolor, que les permitió localizarlo mejor.

—i Viene por esa puerta!

La puerta daba acceso a una escalera, que descendía a los sótanos. El hedor aumentó, y Sabine tuvo que pegarse a la pared para no caer, mareada.

No cabía duda de que los gritos procedían de abajo, y no tardaron en comprobarlo. El sótano amplio, despejado, estaba iluminado por velas.

En el suelo había un gran «vévé» dibujado y Marie-Joseph se hallaba sentada en el centro del dibujo ritual vudú. Babeaba copiosamente, y su aspecto era de una subnormalidad total.

A la derecha había varios seres de aspecto patibulario; de ellos provenía el hedor más intenso. Detrás de ellos, desparramados por el suelo, había muchos féretros.

«Monsieur» Renoir permanecía arrodillado junto a Cécile, que yacía en el suelo, como inconsciente.

Dos de los espectros sujetaban al comisario Grevin, que se retorcía de dolor, como si le estuvieran quemando las entrañas.

Frente a un altar, se hallaba el misterioso «monsieur» Couchant, haciendo cosas extrañas con un muñeco de arcilla. Martine, caminando como una sonámbula, con los ojos extraviados, le servía de acolita.

A la derecha, aprovechando una oquedad en la pared, había una capilla repleta de pequeños ataúdes, no mayores de un palmo y medio cada uno, y conteniendo siniestros muñecos, todos ellos iluminados por unas llamas que flotaban sobre vasos que contenían un aceite aromático.

Jean Jack corrió hacia el comisario, mientras Sabine lo hacía en dirección a

Cécile. La irrupción de la pareja trastornó la macabra y siniestra ceremonia.

Jean Jack golpeó con sus puños a los zombies, que sujetaban al comisario Grevin para que lo soltaran.

—¡Estúpidos!—rugió «monsieur» Couchant, al ver al joven médico belga.

Jean Jack vio claramente el muñeco que el maligno «hungan» sostenía entre sus manos, un muñeco al que había clavado varios alfileres negros, y que recordaba la figura del comisario Grevin.

No había presenciado jamás un ritual vudú, mas comprendió que tenía mucha relación lo que sucedía al comisario con lo que le estaban haciendo al muñeco.

Saltó sobre el «hungan», empujándolo con violencia y arrebatándole al mismo tiempo el muñeco torturado.

Martine se le echó encima, con una fuerza sobrehumana. Jean Jack se vio sorprendido por la fuerza, que poseía la mujer de los ojos vidriosos, que luchó por arrebatarle el muñeco. Al ver que lo iba a conseguir, Jean Jack lanzó el muñeco contra la capilla donde se hallaban los pequeños ataúdes.

El muñeco de arcilla volcó uno de los vasos de aceite, y éste se desparramó por la capilla hecha en forma escalonada para colocar debidamente los féretros en miniatura. El aceite, ya caliente, se inflamó a causa de la mecha encendida.

—¡Matadlo, matadlo, matadlo!—gritó «monsieur» Couchant.

Los zombies comenzaron a avanzar hacia Jean Jack, el cual se las veía y deseaba para quitarse de encima a Martine, que poseía una fuerza endemoniada.

Sabine se sobrecogió al ver caminar a los tambaleantes zombies que, como robots helados, se disponían a cumplir las órdenes de su amo.

De pronto, uno de ellos se inflamó y rugió, quedándose quieto. En la capillita, un muñeco embebido en aceite también se estaba quemando. Varios vasos de cristal se rompían, y el aceite iba impregnándolo y quemándolo todo.

Los zombies comenzaron a incendiarse espontáneamente, como si los hubieran rociado con gasolina, mientras en la capilla se quemaban las figuras de arcilla.

—¡¡Noooo!! —aulló el «hungan», al ver lo que ocurría.

Desesperadamente, trató de salvar a los muñecos. Michel Renoir se había apartado de su hija y, en un ramalazo de valentía, reaccionó, tomando un afilado puñal del altar de ceremonias. Con él en la diestra, corrió hacia el sacerdote vudú, hundiéndoselo en la espalda, a la altura del corazón.

—¡¡Aaaaggg!!

«Monsieur» Couchant, con los brazos abiertos, cayó sobre sus muñecos, que ardían en una especie de juego macabro. Volcó todos los vasos de aceite, y cayó sobre las brasas, inflamándose todo él.

Martine soltó a Jean Jack, y se lanzó sobre su padre. Cogiéndolo por el cuello y la espalda, lo volcó sobre el cuerpo del «hungan»; que se retorcía, presa, del fuego.

Jean Jack miró a un lado y a otro. Vio a Cécile y Sabine que corrían peligro, pues unos zombies iban hacia ellas, mientras otros ardían, y el sótano se llenaba de humo.

Por su parte, el comisario Grevin abría mucho la boca, y se llevaba las manos a distintas partes del cuerpo, como si estuviera acuchillado.

—¡Comisario, haga un esfuerzo! —le pidió Jean Jack, a gritos, mientras el fuego aumentaba, y cogía a Cécile entre sus brazos.

Sabine vio como el cuerpo de Martine se inflamaba. También Michel Renoir quedó envuelto en fuego, chillando, pero las manos heladas de su hija no le soltaban

Corrieron hacia la salida, por la escalera. El comisario Grevin les siguió, como pudo.

Sabine le ayudó, mientras Jean Jack encabezaba la fuga.

Cuando llegaron a la planta noble, el humo ascendía por la escalera, de forma asfixiante. Abajo, todos los zombies ardían, al quemarse los muñecos que les simbolizaban, aquellos muñecos que, en realidad, les daban la vida, después de muertos.

—¡Salgamos, salgamos! —pidió Sabine.

Entonces recordó que Marie-Joseph, en la confusión, se había quedado en el sótano, como idiotizada, incapaz de reaccionar por sí misma, tragando el espeso humo negro que habría de asfixiarla hasta la muerte.

Salieron al parque y respiraron con fruición el aire frió de la noche mientras, dentro de la casa, el fuego se propagaba con rapidez, ascendiendo desde los mismísimos cimientos.

Cuando los bomberos acudieron, parte del edificio se derrumbaba.

Dos días más tarde, comenzaron a limpiarse los escombros y, al llegar al sótano empezaron a sacar cuerpos carbonizados, muy difíciles de identificar mientras el comisario Grevin, en el hospital, se reponía de no sabía qué heridas internas.

Jean Jack y Sabine solicitaron al juez la tutela de Cécile Renoir, mas el magistrado les objetó:

—Para ejercer la tutela, juntos, deben estar ustedes casados.

Sabine y Jean Jack se miraron a los ojos, y ambos, sin articular palabra, asintieron con la cabeza. El juez comprendió que no habría problema alguno para concederles la custodia de la niña, que tenía que olvidar unos hechos horrendos, que todos tratarían de olvidar también.

Pero el vudú no había sido erradicado de París donde, al parecer, había hallado fuertes raigambres. Había otros «monsieur» Couchant, dispuestos a llevar a cabo ceremonias malignas y macabras, que causarían el dolor y el terror entre sus víctimas.

FIN